



Certamen
Internacional
de Literatura
Infantil y Juvenil
FOEM 2021
GANADOR

JUAN RIVERA
ARROYO

La historia inconsegurable

Ilustraciones:
Rocío Solís Cuevas





La historia inconseguible

Juan Rivera Arroyo obtuvo el premio único de Novela Juvenil en el Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil FOEM, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y Turismo y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2021. El jurado estuvo integrado por Delfina Careaga, María Baranda y Elman Trevizo.

COLECCIÓN LECTORES NIÑOS Y JÓVENES

Literatura juvenil

La historia inconsegurable

JUAN RIVERA ARROYO

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira,
Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

La historia inconseguible

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Juan Rivera Arroyo, por texto

© Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-490-394-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 226/01/06/22

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A José Saade Esquerria,
destinado a ser el capitán de su historia*



Primera parte





1

Hace un año conté una mentira. Estaba aburrido en la quinta y me dieron unas ganas enormes de ir al pueblo. Así le llaman a las casas grandes: quintas. Y siempre que los adultos dicen esa palabra hacen énfasis en ella como si fuera más importante que otras. Dicen “QUINTA”, así, con mayúsculas y comillas. Detesto que hagan eso.

Bueno, el asunto es que hace un año conté una mentira. Les dije a mis padres que quería comprar un libro. Jamás te niegan ese tipo de cosas. Jamás. De pronto les nace la esperanza de que su hijo se esté convirtiendo en un gran estudioso, que será doctor o poeta o algo por el estilo. Por supuesto, mi único deseo era salir de esa casa silenciosa. Se me antojaba vagar un rato por las callecitas del pueblo. Si tenía suerte podría encontrarme con alguna locura, como las que suele haber en los pueblos.

Un día vi un incendio, por ejemplo. Una casa se quemaba entera. Por la puerta salieron dos perros con el pelo chamuscado, ladrando como locos. Mucha gente pasaba frente a la casa, veía un segundo las llamas y continuaba con su camino. Me pareció brutal. De pronto, una señora muy gorda salió por entre el humo. Aunque llevaba la ropa ardiendo, le importaba más apagar el fuego de una jaula que venía cargando milagrosamente. Era extrañísimo ver ese cuerpo de lumbre que sostenía más lumbre. La jaula podía fácilmente



contener a un tigre, pero en cambio tenía dentro una docena de tucanes. Cuando por fin la señora atinó a abrir la rejilla, los tucanes salieron volando en direcciones distintas. Sus plumas estaban en llamas y al aletear sólo conseguían que el viento avivara el fuego. La señora no intentó rodar sobre el suelo para calmar el ardor de su piel ni quitarse la ropa. Tampoco gritó. Se quedó mirando el cielo hasta que los tucanes se extinguieron como papel quemado. Entonces se dejó caer hacia atrás y nunca más se levantó.

Durante algún tiempo esa escena me sirvió para dibujar, para soñar con aventuras de incendios y para platicar con los trabajadores de la quinta. Pero después me cansé de la idea. Y así me había pasado con cada una de las locuras del pueblo: me divertían un rato y luego se agotaban.

Pero todo ha sido diferente desde hace un año, cuando conté la mentira de querer comprar un libro. Es gracioso que eso me lleve ahora a escribir el mío.

Mi nombre es Oliver.



2

Al abrir los ojos esa mañana supe que no aguantaría más el aburrimiento. Llevaba cuatro meses sin salir de la quinta. Mi tutor venía tres veces por semana a torturarme por medio de las matemáticas, el latín, la geografía y la política. Era un anciano que hablaba lentísimo y sudaba a chorros aunque estuviera sentado. Lo detestaba. Hubiera preferido sin lugar a dudas sacarme los ojos en la soledad de mi habitación que escucharlo. Pero a veces, muy a veces, cuando se despistaba, yo lo atacaba con un montón de preguntas que lo hacían perder el hilo de la lección y terminaba contando alguna cosa de su pasado. Supongo que eso es lo que más disfruto: las historias. Pero me gusta que me las cuenten como si fueran secretos o chismes. En cuanto se ponen a enseñarme algo, me duermo.

Además del anciano sudoroso, no tenía ninguna distracción. Mamá siempre andaba confeccionando algún vestido o jugando a las cartas con su grupo de amigas o supervisando que la casa estuviera limpia. Por si fuera poco, no le gustaba exponerse al sol. La ponía de malas montar a caballo o recoger flores. En las noches, en cambio, tenía ánimo para todo, incluso para hacer fogatas o corretear por el jardín. El problema era que a mí siempre me daba sueño muy temprano y apenas disfrutaba las noches.



Papá acostumbraba salir todo el día. Tenía que encargarse de que los trabajadores hicieran su labor en los sembradíos y también de recolectar algunas rentas que tenía en el pueblo. A papá nadie lo llamaba por su nombre, a excepción de mamá. Le decían “CONDE”, así, con mayúsculas y comillas, del mismo modo en que pronuncian “QUINTA”. Cuando regresaba a casa, quería comer, asearse y dormir. No era tampoco fanático de jugar a los espadachines ni de dibujar fantasías.

Pero si algo les emocionaba en grande a mis padres era la idea de que me estaba educando para tomar las riendas de los negocios en el futuro. Cualquier señal de interés que mostrara en mis estudios era aplaudida. Por eso, incluso antes de levantarme de la cama ese día, tuve la seguridad de que se me concedería ir al pueblo.

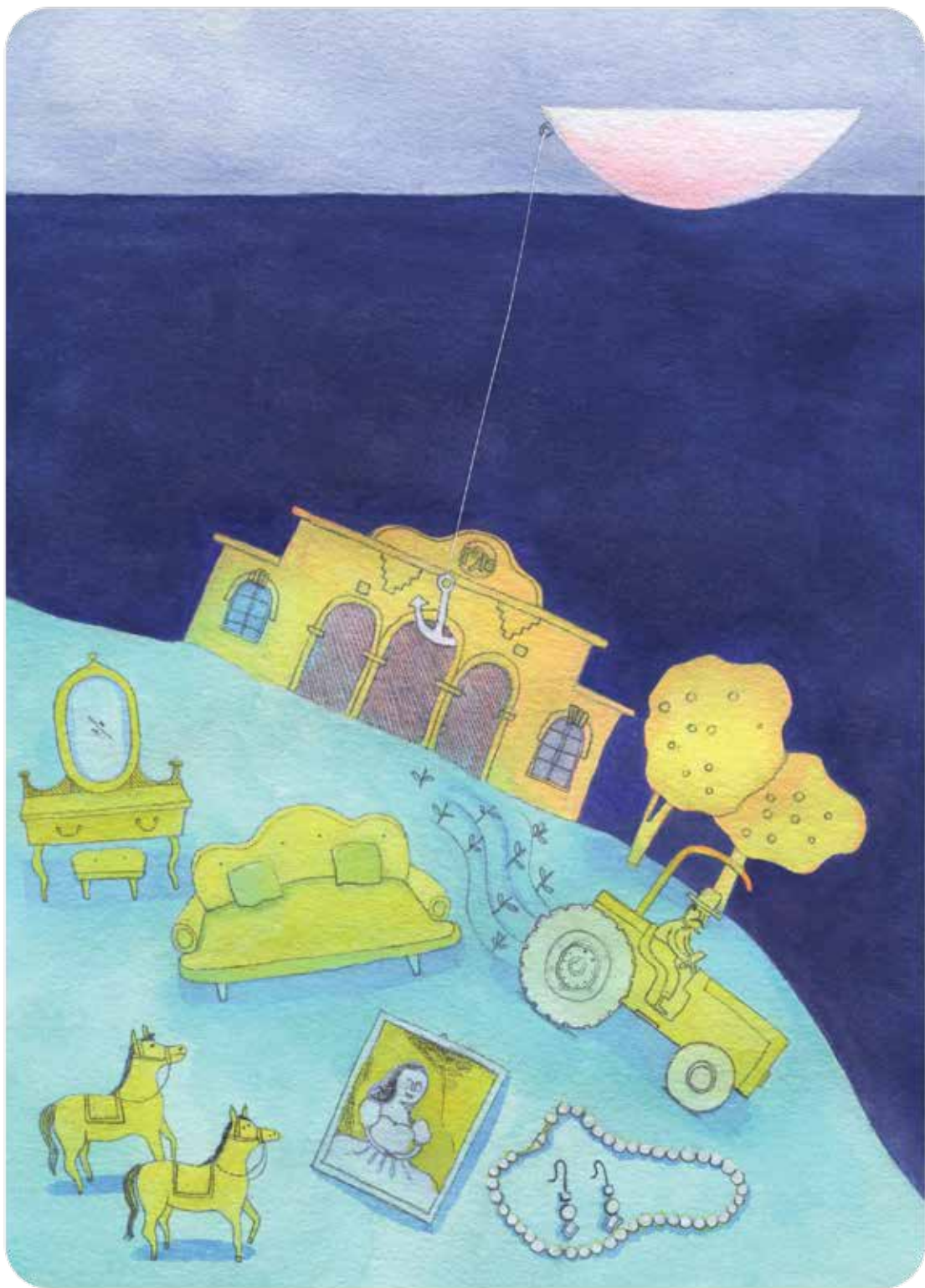
Un libro de historia fue la mentira, hace un año. Accedieron de inmediato. Le encargaron a un trabajador que me llevara al pueblo en la carroza y me dieron algunas monedas. Me hubiera conformado entonces con presenciar un incendio como el de la otra vez. Pero no tenía idea de la aventura que me esperaba.



3

Crecí sin hermanos. Pienso que me hubiera divertido mucho más con un hermano mayor que me enseñara a cazar o, por lo menos, con una hermana menor que creyera todas las cosas que le contara. Algo extraño ocurrió con mis padres, que no pude entender sino hasta ahora, pero jamás hablaban de la posibilidad de tener otro hijo. Aunque sin duda mi vida hubiera sido menos solitaria, la verdad es que ser hijo único adquirió sus ventajas. Tenía una habitación exclusivamente para mis juguetes. El espacio en la quinta no era ningún problema, pues nunca pudimos llenar todos los cuartos. Se sentía bien que mis juguetes tuvieran un lugar privilegiado. Nadie podía tocarlos más que yo, lo cual no hubiera sido posible con un hermano.

Desde muy pequeño me di cuenta de eso: era dueño de algunas cosas. Quiero decir que ciertos objetos me pertenecían a mí, sólo a mí. No eran de mis padres ni de nadie más, eran míos, míos, míos. Por ejemplo, tenía un escritorio. Era una mesa viejísima y pesada, espantosa, para ser honesto, pero sus cajones eran míos absolutamente. Nadie tenía derecho de registrar mi escritorio. No guardaba nada interesante, tan sólo algunos dibujos, algunas piedras que traía del río y tonterías de ese estilo, pero me encantaba la sensación de ser dueño, propietario, señor. Y mis padres, y los tra-





bajadores, y mi tutor, y todo el mundo, me trataron desde siempre como si fuera mayor. No tardé en entender la razón: algún día todo sería mío. Y por *todo* me refiero a los caballos, a los sembradíos, a la quinta, a los muebles, a las rentas, a las joyas de mamá.

Yo estaba seguro de que cuando todo aquello fuera mío, lo cambiaría por un barco sin dudar un instante. Tendría que ser un barco grande. Subiría en él mis juguetes favoritos y algunos mapas, y me dedicaría a la vida de mar. Ése era mi sueño.

El asunto es que no tuve hermanos. Debido a eso, y a la apatía de mis padres, solía pasar buen tiempo con los trabajadores de la quinta. Todos tenían su gracia. La cocinera en realidad era una gran cantante, recuerdo. Pero el que me simpatizaba más era Reinaldo. Hacía de todo: se encargaba de los caballos, destapaba botellas de vino, arreglaba sillas cojas, cortaba el pasto, limpiaba la chimenea. Me daba la impresión de que acababa de ser niño hacía unos meses. Era un tipo que estaba siempre contento y además hacía trucos de magia con la baraja. Me enseñó a trepar árboles. Reinaldo era moreno y alto, y podía cargar cualquier roca. Su gracia era el par de ojos verdes que le alumbraban la cara; los tenía tan verdes que seguramente podía ver de noche.

Y fue él quien me llevó ese día al pueblo. Luego de la autorización de mis padres, Reinaldo comenzó a preparar la carroza. La verdad es que me parecía encantadora; tenía una cabina totalmente blanca, con muchos adornos de metal brillosos y asientos combinados con las cortinas. Había sido un regalo para mamá en uno de sus cumpleaños. Pero cada vez que me mandaban al pueblo en la carroza



sentía una vergüenza enorme. Las personas la miraban entre admiradas y enojadas, como si al principio cayeran en el encanto de las decoraciones y después fueran sintiendo envidia o irritación. No lo sé, me incomodaba muchísimo. Quería decirles que si de mí dependiera me iría montando el más común de los caballos o, mejor aún, caminando.

Ese día tuve que soportar la vergüenza de llevar la carroza al pueblo. Sin embargo, sin ella jamás hubiera conocido al viejo que cambió mi vida.



4

El camino de la quinta al pueblo era sensacional: un túnel entre la vegetación. Para disfrutar del paisaje, me senté junto a Reinaldo en el pescante, desde donde guiaba a los caballos. Mis padres no lo hubieran consentido de ningún modo. ¡Oliver Montejo silbando como arriero!

Por cierto, ése es mi apellido. Montejo. O “MONTEJO”, así, con mayúsculas y comillas, como lo pronuncian los adultos.

Mientras no entráramos al pueblo y no hubiera nadie que me viera, podía viajar en la parte delantera de la carroza. En el pescante, como le llaman.

Reinaldo y yo tuvimos una plática más o menos así:

—¿Cómo van sus lecciones, señor Oliver?

Nunca conocí a alguien menor que yo, eso es un hecho. Las personas a mi alrededor eran mucho más altas y habían perdido las ganas de jugar y esas cosas. Reinaldo no era tan grande: tenía veinticinco años de edad. Pero me incomodaba que me hablara como si fuera su mayor, con cierto respeto de por medio, con humildad. Del mismo modo, detestaba cuando las señoras que trabajaban en la quinta me decían “usted” en lugar de “tú”. No sé. El asunto es que de vez en cuando a Reinaldo se le escapaban estas frasecitas de respeto.





De inmediato yo le hacía entender que no tenía que hablar como un adulto frente a mí.

—¿Cómo van sus lecciones, señor Oliver?

—Vamos, Reinaldo, no estás hablando con papá. A mí ni siquiera me tienes que hacer preguntas de esas. Ya sabes, preguntas para llenar el silencio.

—Está bien, Oli. Tienes razón. Mejor dime, ¿qué has dibujado últimamente? ¿Hay nuevos tucanes que no haya visto?

—¡Bah! Eso de los tucanes ya pasó. Me tienen harto. No vuelvo a dibujar un tucán en mi vida, te lo prometo. Necesito inspiración, supongo. Necesito ver algo emocionante. De hecho, a eso vamos al pueblo.

—¿Y el libro de historia, Oli?

—Eso eran patrañas, Reinaldo. Vamos, ¿no has mentido alguna vez? Mamá dice que tus ojos no te dejan decir más que la verdad. ¿Por qué los tendrás tan verdes? ¿Puedes ver en la oscuridad?

—¿Tu mamá dice eso?

—¡Claro que lo dice! Todo el tiempo. También dice que eres bueno con los números. ¿Es cierto? Porque si sabes resolver fracciones me vas a ser de mucha ayuda con mis tareas. El apuesto de mi tutor no para con eso de las tareas.

—¿Qué más le ha dicho de mí, señor Oliver?

Reinaldo insistía con eso de hablarme de usted y añadirme edad. Luego de un rato, ya no sólo me incomodaba, sino me fastidiaba. Debido a eso, y a que comenzamos a entrar al pueblo, me pasé a la cabina. A través de las cortinas observaba cómo las personas



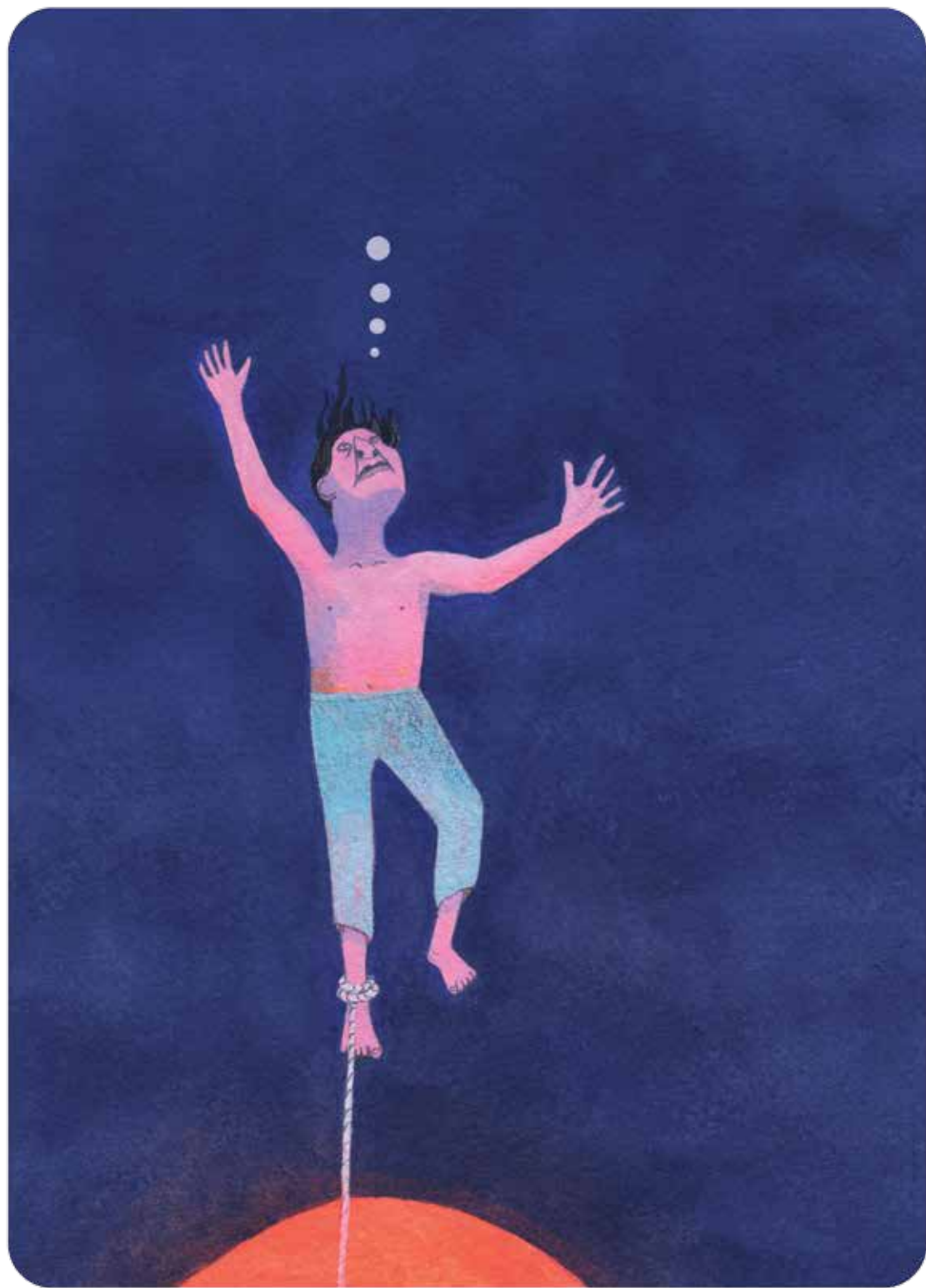
salían de sus casas para ver pasar la carroza. Algunos niños corrían detrás de nosotros, gritando, sonriendo, saludando. Lo que ellos no sabían era que yo, desde la cabina, les gritaba, les sonreía y los saludaba con la misma emoción.



5

Dejamos la carroza en la plaza central. Reinaldo les dio algunas monedas a unos niños más grandes que yo para que les echaran un ojo a los caballos y les llevaran agua. Me costaba mucho trabajo entender eso del dinero. Sabía que no todas las personas disponían de él con la misma facilidad y que a veces dependía de él que las personas dijieran tu apellido con mayúsculas y comillas. Pero donde más aprendí acerca del dinero fue en las historias de piratas: ahí siempre había un tesoro que buscar.

Saqué dos conclusiones importantes de las historias de piratas. La primera fue que las personas cambian alrededor del oro, sacan lo peor de sus almas. La segunda me preocupaba: es necesario el oro. Me di cuenta de que para estar tranquilo en la vida se necesita algo de oro, de plata o de cualquiera de esos metales que valen algo. ¿Cómo tener oro sin sacar lo peor de nuestra alma? Sencillo: sin una moneda más de lo indispensable. Todos los problemas en las historias de piratas se producen porque alguien enterró tiempo atrás un tesoro. Y ese alguien lo tuvo que haber enterrado porque no lo necesitaba en el momento, porque ya tenía suficiente, porque ya no le cabía en el equipaje. Lo rebasó la ambición. El exceso de dinero atrae motines y traiciones y muerte y piratas. Mejor tomar un puño de monedas de oro y dejar el asunto en paz. Eso creí





desde la primera historia de piratas. Eso creía ese día. Eso creo hoy, un año después.

Reinaldo insistió en buscar un libro para mí, fuera el que fuera. Caminamos hasta el callejón donde se encontraban las antigüedades y las librerías, y comenzamos a pasear con curiosidad. Encontré algunos títulos interesantes pero ninguno me llamó tanto la atención como para hojearlo. Además me daba mucha vergüenza la manera en que los dueños de las librerías me llamaban “SEÑOR” y me recordaban cada segundo: «Estamos para servirle». Juro que me sería imposible comprar algo de esa manera.

En una tienda de antigüedades encontré unos aretes en forma de palomas. Eran diminutos, como si le hubieran pertenecido a una niña, pero estaban trabajados con muchísimo detalle. Se los mostré a Reinaldo diciéndole que a mamá le encantarían. Ella tenía una cara muy linda y esas palomas eran algo que a ella le hubiera encantado. Los miramos otro rato. De repente pensé que si en verdad le habían pertenecido a una niña, ¿qué diablos había pasado con ella? ¿Por qué sus aretes estaban ahí a la venta? ¿Se había quedado sin dinero? ¿O se los habían robado? ¿O había muerto? Cualquier posibilidad era triste. Se me cayó el ánimo de repente, como suele pasarme todo el tiempo. Lo cierto es que a veces basta una tontería para ponerme triste, algo tan tonto como un vaso roto o la neblina.

Mientras Reinaldo miraba los aretes, yo salí de la tienda y entré a la siguiente sin siquiera notar qué era lo que vendían. Entré caminando con la cabeza gacha, pensando en la niña y las palomas.



Sólo después de unos minutos, cuando la tristeza se fue evaporando, pude advertir que era la tienda más asombrosa con que me había topado en mi vida. El local era amplio y su techo estaba muy lejos del piso; no olía a polvo como los demás. Lo peculiar de esta tienda era que sólo había un objeto a la venta. Las paredes estaban vacías; los aparadores, vacíos; vacía la mesa; los cajones de un archivero, aunque no los abrí, supe que estaban vacíos también. Sólo en el centro del local, en el suelo, había un barco. Tenía los detalles más increíbles, como si en verdad hubiera sido un barco de mar y lo hubieran encogido por medio de alguna magia.

Luego de imaginar el barco navegando hacia una isla secreta, y luego de imaginar las palomas escoltando por el cielo al barco, percibí que alguien me miraba.



6

Sentí que alguien me miraba, pero no volteé a ver quién era. Lo cierto es que soy una persona muy distraída. A veces salía de mi habitación, por ejemplo, con el propósito claro de ir a la caballeriza y montar a Simona. Así se llamaba mi yegua. Bueno, pues salía de mi habitación, vestido con la ropa apropiada y todo eso, y caminaba algunos metros con decisión. Me concentraba para no detenerme a mirar cosas interesantes en mi recorrido, como fotografías, ventanas y juguetes. Lograba salir de la casa y caminar hasta la caballeriza. Pero ahí, de la nada, se me ocurría que sería divertido dibujar un caballo con la cabeza de Simona, el color de Murphy (el de papá), la crin de Dorothy (el de mamá) y la altura de un poni. Entonces corría a casa por papel y lápiz, y cuando volvía a la caballeriza me daba cuenta de que había dejado abierta la reja y los animales habían escapado y de que, además, el lápiz no tenía punta. Al final, me quedaba sin montar y sin dibujar, pero, como me daba flojera ir detrás de los caballos o afilar el lápiz, me ponía a trepar árboles como loco y fingía no saber qué había pasado.

Cuando papá me regañaba yo solía aparentar ser más despistado de lo que era en realidad. Está en mi naturaleza lo olvidadizo y lo descuidado, y mis padres lo sabían, pero me gustaba exagerarlo



para que no me echaran en cara ninguna responsabilidad. Funcionaba de maravilla.

Por eso, aquel día en la tienda, seguí fingiendo que no había notado nada cuando de reojo vi el cuerpo de un hombre.

Miré el barco desde todos los ángulos posibles. Tenía dos mástiles, y ambos eran más altos que yo; parecía que el viento soplaba dentro del local porque las velas estaban tensadas como en altamar.

El hombre dijo de pronto:

—Es tu carroza la que está en la plaza, ¿verdad? Tú eres el chico Montejo, el hijo del conde.

A pesar de que era la primera vez en mi vida que escuchaba a alguien decir mi apellido y la palabra conde sin mayúsculas ni comillas, sin pretensión ni alabanzas, no lo miré. Dije sencillamente: «Sí», manteniendo mi interés en el barco.

—Pues la carroza es una obra de arte —dijo él.

Di algunas vueltas más alrededor del barco, estudiándolo. No es habitual que me guste algo. Los cuadros que había en la quinta, por decir algo, no me significaban nada: los hubiera cambiado casi por cualquier cosa. En cambio, un día que visitamos a unos familiares en el pueblo vecino, me enamoré de un cuadro que tenían en el comedor. Era de gran tamaño el lienzo, y en él aparecía una monja asomando la cabeza detrás de un portón. No sé, lo amé en el instante en que lo vi. Por supuesto, no regresé a casa sin el cuadro. Supongo que eso lo heredé de mamá: cuando quiero algo, lo obtengo.

Y tenía que obtener ese barco. Lo imaginaba colgando del techo sobre mi cama. De ese modo se convertiría en lo primero y

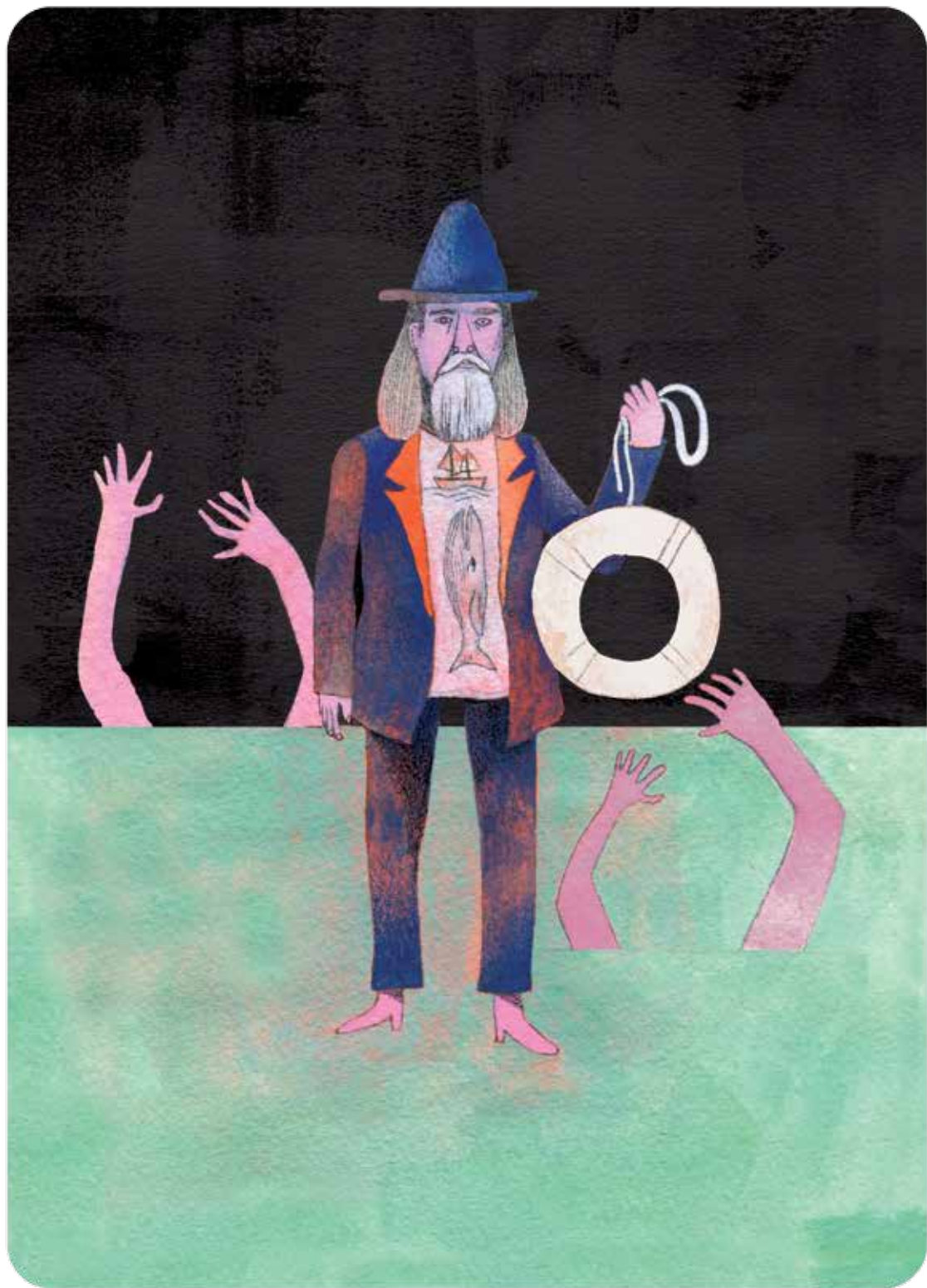


último de mi día. Despertar, atracando. Dormir, zarpando. Además me emocionaba la idea de tenerlo sobre mí, colgando, como si yo fuera una criatura en las profundidades del mar y lo planeara atacar. En fin, tenía que obtener ese barco.

Él no lo esperaba, pero de repente le dirigí la mirada y le dije sin vacilar:

—¿Cuánto quieres por el barco?

—Llévatelo. Es tuyo —contestó.





7

«Es un loco», pensé. Se trataba de un viejo, con la barba blanca, bien recortada, y el pelo gris hasta los hombros. Nos léimos por un momento las miradas y después dije: «¿En serio?». Él se encogió de hombros, hizo una mueca de indiferencia y se acercó un par de pasos.

—Sí, seguro. Llévatelo. Si lo único que quieres es el barco, llévatelo. Seguro que se verá sensacional en tu quinta. Ahí vives, ¿no es cierto? En la Quinta Montejo.

Otra vez me sorprendió que dijera mi apellido sin mayúsculas ni comillas, y también que dijera la palabra quinta como si dijera zapato. Hice un esfuerzo por no mostrar mi sorpresa y sólo dije: «Sí».

—Mira, muchacho, el barco son sólo clavos y madera. No me malentiendas, es un barco maravilloso, pero son sólo clavos y madera. Lo especial del barco es su historia.

—¡Bah! Historias de barcos me sé muchas. Ya aprendí todo lo que tenía que aprender de viajes y piratas. Sólo quiero el barco.

—No lo comprendes, muchacho. La historia de este barco es especial. ¿Sabes lo que significa *inconsequible*? Barcos a escala podrás encontrar varios por ahí, algunos mejores, algunos peores. Pero la historia no. Ésa sólo la encontrarás aquí. La historia de este barco es inconsequible.

—¿Y por qué es tan inconsequible la historia de este barco?



—Porque el personaje de la historia eres tú, muchacho.

Me dejó sin habla.

Olé, como decía mi tutor cuando yo resolvía una fracción. «Olé, viejo vendedor de barcos», pensé.

Esta vez me costó mucho trabajo disimular mi sorpresa. O mejor dicho, me costó mucho trabajo fingir distracción cuando con sus palabras me había despertado más que nunca en mi vida. Las personas despiertas tienen chispas en los ojos. Y por “despiertas” me refiero a las que se inventan un juego en el desierto, a las que sienten curiosidad, a las que no se pasan de largo frente a un incendio.

—Está bien, viejo, me llevo la historia también.

Él sonrió.

—¡Oh, no! Me temo que no funciona así, muchacho. El barco, como te dije, puedes llevártelo; son clavos y madera. La historia, en cambio, no; son puntos y palabras. Eso cuesta mucho más.

Me comenzaba a molestar un poco la lentitud del negocio. Si yo quería un cuadro con una monja asomándose detrás de un portón, entonces esperaba que me dijeran cómo podía conseguir el cuadro con una monja detrás de un portón, y cerrar de una buena vez el negocio.

—¿Cuánto más, viejo?

—Mucho más.



8

Nos sentamos en el suelo, a un costado del barco. Nos sentamos como dos capitanes en la arena para firmar la paz. Nos sentamos para hablar de negocios.

—Pon atención, muchacho. Has leído muchas historias de piratas, ¿no es verdad? Entonces sabrás que en toda isla hay un tesoro.

—Sí, viejo.

—Tú vives en la Quinta Montejo, ésa es tu isla.

Lo volvió a decir todo sin mayúsculas ni comillas.

—Sí, viejo.

—Hay un tesoro ahí, sin duda. Tú sabrás cuál es. Dame el tesoro y te doy el barco. Así podrás salir de la isla.

—Dijiste que me podía llevar el barco, que era mío.

—Venga, muchacho, deberías saber que lo que te va a sacar de esa isla no es el barco, no son los clavos y la madera. Lo que te va a sacar de esa isla es la historia, los puntos y las palabras.

Jugué al distraído unos instantes, mientras pensaba lo que contestaría. Miré mis manos, me mordí las uñas e hice caminar sobre el suelo mis dedos.

El viejo, buen comerciante, dijo:

—Todos los piratas quieren navegar en barco hasta la isla para encontrar el tesoro. Tú, en cambio, estás en la isla con el tesoro,



pero quieres navegar lejos de ella. ¿Ves la ironía, muchacho? ¿Sabes qué es ironía? De nada te sirve el tesoro dentro de la isla. Tienes que sacrificar algo.

«Olé, viejo vendedor de barcos», pensé otra vez. Lindo discurso.

Me levanté del suelo, cansado de la negociación. Me levanté de la arena, sabiendo que ese barco sería mío. Me levanté de pronto, con mi oferta final.

—Mira, viejo. Ya me fastidié de todo esto. En mi isla hay oro. Te voy a dar una probada solamente. Confía en mí, será generosa. A mí no me importa eso. El trato es que me llevo hoy el barco y la historia, y en una semana recibes tu oro.

Cuando el viejo se levantó juré que me iba a dar la mano. Pero no. Se estiró los huesos de la espalda y dijo:

—Después de todo sí que eres un “MONTEJO”. —Lo dijo así esta vez—. Llévate el barco hoy y en una semana, cuando reciba el oro, tendrás la historia.

Se dio la media vuelta y caminó hacia el fondo de la tienda, donde había una puerta que daba a quién sabe dónde. Desapareció unos segundos pero luego asomó su cuerpo detrás de la puerta, como la monja de mi pintura, y dijo:

—El código entre piratas exige hacer las presentaciones. Dime Ismael.

Hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Yo me llamo Oliver.

—Ya lo sabía, muchacho. Vamos, ¿crees que todo esto es casualidad?

Luego, se marchó por la puerta.



9

Después de buscarme en varios locales, Reinaldo por fin había dado conmigo. En cuanto me miró sus pupilas verdes de felino se dilataron, aliviadas.

—¡Señor Oliver! ¡El susto que me he llevado!

—No empieces con eso de “señor”, Reinaldo. Recoge el barco y súbelo a la carroza; la familia Montejo está oficialmente en el negocio naviero. ¿Dónde diablos te has metido?

—Perdón, Oli. Me distraje con los aretes de palomas; eran realmente bellos, ¿no es verdad? Bueno, no importa... ¿En serio has comprado el barco? ¿Con qué dinero, Oli? ¿Y el libro de historia?

—¡Bah! Cárgalo, Reinaldo. Nos vamos. Este barco tiene más historia que el Paleolítico.

Cuando llegamos a la quinta, Reinaldo colgó el barco sobre mi cama; utilizó un hilo de pesca tan delgado que el barco parecía volar sobre las sábanas. Me encantó.

A mis padres, en la cena, les conté que me había asombrado la oferta del barco y que por ello había olvidado por completo el libro de historia. Por supuesto que no les mencioné nada acerca del viejo ni del trato pendiente. Papá opinó que había sido un buen negocio, pues le dije que el precio del barco no rebasó el de un libro. Mamá



sonrió con cierto orgullo de que su hijo supiera obtener caprichos, como ella. Después de la sopa, el asunto del barco estaba olvidado.

Mirar el barco a todas horas, por la mañana y por la noche, me daba un enorme placer y le hacía muy bien a mi imaginación; pero, al mismo tiempo, mirar el barco me hacía pensar en la deuda que tenía a todas horas, por la mañana y por la noche, y le hacía muy mal a mi tranquilidad.

Después de todo, no había mucho que pensar. Eso de la riqueza de mi familia lo daban todos por hecho, incluyéndome a mí, pero lo cierto era que no había un tesoro, así, palpable y único. La riqueza estaba en los metros cuadrados de los sembradíos, en los muros altos de la casa, en las cabezas de los animales, en los intereses de las rentas. Pero no había un tesoro repleto de monedas. Y, por supuesto, no le podía llevar al viejo un puño de tierra o un ladrillo o una vaca o un papel firmado por papá. Lo que yo necesitaba era metal, y no había más que un lugar de donde podía tomarlo.

Digo “tomarlo” aunque más bien tendría que decir “robarlo”, porque así se sintió cuando me metí a la habitación de papá. Crucé el dormitorio y me introduje en su guardarropa. Era un cuarto repleto de madera, con repisas para sus zapatos y sus camisas y con cajones por todos lados. Al fondo, había un espejo que cubría desde el suelo hasta el techo. Todos los objetos en ese lugar me creaban la sensación de estar específicamente acomodados en su sitio, con el extraño sentido de orientación de papá; incluso clasificaba sus pañuelos por colores.



Me trepé en un mueble como si se tratara de un árbol para llegar a un cajón muy alto. Entre algunas telas pesqué un cinturón; era viejo, muy viejo, de color casi anaranjado y extremadamente ancho, como el cinturón de un gigante. En el dorso del cinturón había un fondo falso, de manera que podía servir como la vaina de una espada. Dentro estaba el tesoro: unas veinte monedas doradas. Cogí una sola y regresé todo a su lugar.

Antes de salir del guardarropa me miré en el espejo. No sé por qué. Los objetos de papá permanecían demasiado quietos; esperaban en su sitio desde la eternidad. Tanta inmovilidad sólo lograba resaltar el robo que ocurría, que yo ocurría. Mordí la moneda como hacen los que compran oro y, gruñéndole a mi propio reflejo, fingí ser un pirata, un desalmado pirata. Me salí riendo. No sé por qué.





10

Siete días después de la compra del barco, Reinaldo me llevó al pueblo. Mis padres habían caído de nuevo con lo del libro de historia; les prometí que en esta ocasión no lo olvidaría. Realmente es asombroso lo que los padres se tragan cuando se trata de la educación de sus hijos. Es tanta su esperanza que son capaces de descubrir a un cantante de ópera en su hijo tartamudo. Es increíble.

Bueno, el asunto es que fuimos al pueblo una semana después, tal como habíamos acordado el viejo y yo. Encontré la tienda tan vacía como la vez anterior. Me aseguré de mirar bien por todos lados para advertir si el viejo estaba ahí; pero no, el lugar se hallaba totalmente solitario. La tienda más vacía del mundo.

Me pasó lo contrario de lo que en el guardarropa de papá: tuve la sensación de que los objetos ahí no duraban un minuto en su sitio. Era extraño, pero en ese lugar tan desierto reinaba la velocidad. Aunque no había mucho, estoy seguro de que a cada minuto la tienda era otra. Cuando corría muy rápido por el bosque eso me pasaba: no veía nada, ningún árbol se me quedaba en la memoria; y aunque se me llenaban de colores y animales los ojos, me daba la sensación de vacío. También me pasa eso cuando leo muy rápido.

Estaba pensando en eso de que la velocidad es vacía cuando advertí una carpeta de piel en el suelo. Supe enseguida que era la



historia, mi historia. La recogí y en su lugar dejé la moneda de oro. Un trueque limpio.

Antes de emprender el camino de regreso a la quinta, compré el primer libro de historia que hallé. Nunca lo leí. Seguramente hablaba de una guerra importantísima, como lo son todas, en la que se había derramado muchísima sangre, como en todas, y en la que había salido triunfador el más tramposo y vil de los bandos, como siempre.

Durante el camino fui acariciando la carpeta de piel. No la abrí a pesar de que me moría de ganas; quise torturarme, por así decirlo, como no comerte el pastelillo frente a ti aunque tengas mucha hambre. Es un juego que me gusta jugar.

Preferí esperar el momento adecuado: en mi cama, bajo el gran barco, en soledad, al atardecer, con un dulce en la boca.

Al llegar a la quinta, Reinaldo me propuso bañar a los caballos. Eso podía ser muy divertido, pero decidí que no: aquel día era demasiado importante como para bañar a los caballos. Entré a mi casa emocionadísimo porque se acercaba el momento de abrir la historia inconseguible que yo, yo y nadie más que yo, había conseguido. Pero me sorprendió que todas las cortinas estuvieran cerradas. La sala, el comedor, la biblioteca e incluso la cocina se encontraban en total oscuridad. La verdad es que me asusté mucho, no por los fantasmas que pudieran esconderse en las tinieblas, sino porque eso sólo podía significar una cosa: algo le pasaba a mamá.

Ella solía cerrar todas las cortinas cuando se sentía mal. Su ánimo siempre se podía adivinar de acuerdo con la iluminación de



la casa. Y aunque había presenciado muy malos momentos de mamá, jamás vi tanta oscuridad como aquel día.

Corrí a su recámara con la carpeta de piel bajo el brazo. Me tropecé varias veces. Cuando abrí la puerta, de inmediato llegó hasta mí el sonido de su llanto. Me acerqué a tientas hasta su cama y la abracé y la besé con una ternura hasta entonces desconocida en mí. No le dije nada. Alguna vez leí que la mejor manera de hablarle a una persona que llora es el silencio. Después de unos minutos, su respiración se tranquilizó.

Quise abrir un poco las cortinas de la habitación para ver su rostro, para dejar pasar un rayito de alegría. Y aunque suspiró algunos no, no, no, lo hice. Tenía los ojos cerrados y el rostro púrpura. Le acaricié la cabeza y le besé los párpados. Al pasar mi mano por su cabello, descubrí que en las orejas llevaba los aretes de palomas.

Sin hablar, me levanté y me fui a mi cuarto a leer la historia inconseguible.



La historia inconseguible





La Nena nació princesa mucho antes de respirar. Sus padres eran, en efecto, los gobernantes de Narbón, aunque más que un reino era una casualidad de cincuenta casas vecinas. Por eso nadie les llamó nunca reyes. Sin embargo, cuando dieron a conocer la noticia de que esperaban un bebé, aseguraron que sería una princesa. Meses después, la Nena de Narbón nació y ninguno de los habitantes, al conocerla, dudó en llamarla princesa.

A los diez años se le escuchó por primera vez explicar lo siguiente:

«Podrán dudar de cualquier cosa, pero jamás de que las flores me fascinan. Simplemente no me gusta que me traigan flores a casa. No es que no me alegren, pero las flores pertenecen al campo. Ahí nacieron, ahí deben morir».

Aunque ser princesa le valía muchas atenciones, nadie notó nunca su incapacidad de llorar.



La Nena tenía la piel pálida como ninguna persona en la región. Inesperadamente, sus párpados eran muy oscuros, como pájaros de horizonte. Negro era su cabello también y negrísimo sus ojos negros, y negros los lunares negrísimo de su piel.

Ella misma quiso siempre ser llamada la Nena. Le avergonzaba que le dijeran princesa, aunque el espejo y su perfume natural y su voz y sus sueños fueran evidencia indiscutible de que había nacido princesa y de que moriría princesa, como las flores.

Su familia y el pueblo de Narbón hicieron caso de llamarla la Nena. Sabían que todas las flores tienen un apodo. No lo necesitan, porque las flores no se dicen, sino se tocan, se huelen, se miran. Pero lo tienen.

A algunas les dicen dalias, a otras camelias, a otras hortensias.

A esta le apodaban la Nena.

Sencilla lógica.

Descubrió que querer llorar y no poder le provocaba unas ganas terribles de llorar y de no poder. Aunque nadie notó nunca que la Nena no lloraba, en general la gente se explicaba su buen genio con eso de que era una princesa.



De tanto llamarle princesa al comienzo de su vida y de tanto llamarle la Nena después, sus padres se olvidaron de asignarle un nombre oficial.

Ella misma se olvidó de que no tenía un nombre.

Una escena: la Nena sale de su casa silbando y bailando, celebrando que llueva. Que llueva, pide la Nena al cielo, que llueva, repite a pesar de que llueva y de que seguirá lloviendo.

Quisiera llorar bajo la lluvia. Por ese capricho sería capaz de renunciar a soñar.

No llora bajo la lluvia, por supuesto. No puede. Pero la gente la mira bajo la lluvia y cree que la Nena está llorando. Les duele admitir que se ve hermosa. Es claro que la Nena sufre un sufrimiento fatal bajo la lluvia, pero se ve hermosa, con sus brazos hermosos abrazando las gotas que caen funestamente del cielo.

A ella más que a nadie le duele admitir que le sienta bien el llanto.

A los quince años se le escuchó por primera vez retractarse de la siguiente forma:

«Podrán dudar de cualquier cosa, pero jamás de que las flores me fascinan. Las que mueren de viejas son muy lindas. Las que mueren jóvenes por vanidad en un florero, también. Pero hay otras más especiales. Las que se dibujan en un dibujo, por ejemplo,



o las que se dejan arrancar por el viento. Nacieron en el campo, pero ahí no deben morir».

Su piel, además de blanca, era necia. No quería envejecer.

El tiempo transcurría, de eso estaban seguros en Narbón. El tiempo transcurría porque los viejos morían y los jóvenes nacían, y si el tiempo no hubiera transcurrido la muerte y la vida se hubieran encimado y las camas del pueblo no habrían bastado para tantas personas.

Las manzanas se asomaban hasta por donde no debían, y si nadie las recogía, las comía o las mimaba, se marchitaban sin ser mordidas y se marchaban hacia el centro del planeta. También por eso sabían que el tiempo transcurría.

Pero sobre la piel de la Nena los minutos no valían, no avanzaban, no volaban.

Hacia la adolescencia de la Nena, Narbón ya era una casualidad de más de doscientas casas. Los habitantes se explicaban la resistencia de la Nena al tiempo con eso de que era una princesa.

La última en enterarse de que la Nena de Narbón tenía secretos fue ella misma.

Su belleza había provocado que en la región entera se hablara de ella, y se fueron creando y esparciendo susurros, rumores, secretos.



En cualquier pueblo alguien le decía a otro algo enigmático sobre la princesa. Algo íntimo. Entonces la información se transportaba de boca a oído y de oído a boca por toda la región, hasta que arribaba a Narbón, a la calle donde vivía la Nena y finalmente a la Nena, quien escuchaba con mucho interés y fe.

Luego, creyendo verdadero el dato, lo decía en voz alta. Algo como lo siguiente:

—Me gusta bailar descalza.

Debido a una mala interpretación de sus palabras, la gente le comenzó a mandar dibujos de flores. Llenó librereros y librereros con claveles en acuarela, con lilas a lápiz, con orquídeas al óleo. Eventualmente hubo de rellenar sus almohadas con los dibujos.

Como sus padres lo olvidaron, y como el pueblo lo olvidó, y como su propia piel lo olvidó, ella terminó por olvidarlo también.

Su edad.

Quién sabe cuándo, la Nena se quedó sin nombre y sin edad.

Un día se enteró de un secreto suyo diferente del resto. Más importante. Lo escuchó y lo detuvo en su mente unos instantes, mientras lo saboreaba. Luego lo dijo en voz alta, haciéndolo verdad.





—Estoy esperando el amor.

Entonces comprendió que era ya una mujer.

Un hombre se volvió loco porque no encontraba a quién transmitirle los secretos de la princesa que a él le transmitían. Cuando lo intentaba, las personas se reían de él porque ya conocían el secreto e incluso, con frecuencia, le respondían con uno nuevo.

El hombre se volvió loco y subió más loco que nunca a la montaña más alta de la región. Quería llegar a la cima para gritar a los cuatro vientos cada uno de los secretos de la princesa.

Y lo hizo.

Un viento del norte cargó los gritos del loco en su frío impulso y los llevó a través de una jungla oscura y de sus estupendos árboles y a través de un desierto imposible de atravesar y de sus dunas gruesas, hasta una playa donde refrescó a un joven que terminaba de pescar.

El viento chocó contra el cuerpo del joven y lo tumbó, llenándolo de secretos. En ese instante el loco en la cima recuperó su cordura y bajó de la montaña menos loco que nunca.

El joven, en cambio, se volvió loco. Loco de amor.

Tiempo atrás, había escapado de la isla que lo vio nacer.

Se llamaba Oliver.



Oliver se enteró de golpe de todos los secretos acumulados de la princesa. Se enteró de que le encantaba bailar descalza y de que la sal le aliviaba los dolores de cabeza y de que su color preferido era la combinación de los vitrales de la iglesia al atardecer y de que le daban miedo los insectos. Supo lo que sabían todos en Narbón. Pero Oliver escuchó los secretos con mucha atención y pudo adivinar uno que nadie sospechaba.

—Le fascina el mar.

Desde un par de años antes, Oliver conocía la palabra libertad pero no se atrevía a decirla. Vivía solo, sí, vivía bajo el cielo raso, sí, vivía frente al mar, sí, pero todo aquello no le sabía a libertad sin un barco. Por eso no decía la palabra.

El mismo día que lo golpearon los secretos, comenzó a construir su barco, comenzó a construir su libertad.

La Nena se dedicó a esperar el amor. Oliver se dedicó a perseguirlo.

Oliver conoció a un viejo que le cambió la vida. Lo conoció por mera casualidad, aunque desde el principio sospechó que el viejo escondía algo.



A cambio de algún oro que Oliver había sacado de su isla, el viejo le ayudó a construir el barco. Él sabía todo lo que se necesita saber de barcos.

A cambio de algún oro también, se hicieron de la asistencia de treinta hombres que no hablaban más que en su lengua nativa. Se entendían por medio de señas y de gestos.

Oliver no se atrevía a decirlo en voz alta, pero sentía que su libertad se consolidaba.

El viejo se llamaba Ismael.

Los que esperan tienen por lo menos el consuelo del llanto. Pero la Nena no tuvo ni siquiera eso.

Aunque cada día de espera le dolía más que un dolor de muelas, tenía la esperanza de que alguien indicado viniera en camino.

La princesa especificaba el adjetivo “indicado” porque habían llegado a su puerta varios amores que a primera vista se veía que no eran amores, ni podrían serlo.

Llegaban a caballo, los pretendientes. Peinados y perfumados, cantando y alabando, desde el punto más perdido de la región y desde la puerta más próxima del vecindario.

Ninguno era el indicado.

La Nena no podía tampoco envejecer.



El barco terminó de construirse una tarde de domingo. En la popa quedó intacta la madera donde había de grabarse el nombre del barco. Oliver dijo que lo tallaría el día que supiera qué tallar.

El viejo se despidió de Oliver.

Los treinta nativos se despidieron de Oliver.

Pero Oliver no. Les explicó que la misión no había terminado.

—¿Por qué no ha terminado? —preguntó el viejo.

—¿Por qué no ha terminado? —preguntaron los treinta nativos por medio de señas y de gestos.

Oliver, obviando lo obvio, les contestó con palabras y con señas y gestos:

—Porque Narbón no tiene mar.

Zarpó el barco en sentido contrario al mar el lunes por la mañana. Los treinta nativos tiraban de unas cuerdas amarradas al barco, que patinaba sobre un camino ingeniado de troncos acostados.

El viejo insistió en izar las dos velas del barco. Afirmaba que el viento los asistiría. La tripulación entera lo creía verdad.

Exigiendo lo imposible de los músculos, atravesaron el desierto imposible de atravesar y sus dunas gruesas.

Haciendo luz con su empeño, atravesaron la jungla oscura y sus árboles estupendos.

Cuando se distinguió Narbón a babor, el viejo huyó tan esporádicamente como había llegado. Se llevó su oro. Quería montar una tienda llena de nada.



Ni siquiera entonces Oliver se atrevió a decir en voz alta la palabra libertad. Aún no se le ocurría un nombre para el barco, pero sospechaba que sería el nombre de una mujer. De una mujer evasiva, evidentemente.

Al mirar el barco que se acercaba, la gente de Narbón dijo otro secreto de la princesa.

—Ése es el amor que ha estado esperando.

El secreto corrió de boca a oído y de oído a boca hacia la Nena. Pero esta vez, la princesa no necesitó escuchar el secreto para decirlo en voz alta, haciéndolo verdad.

—Ése es el amor que he estado esperando.

La Nena no sabía de cierto que el barco venía por ella, pero lo sentía y lo presentía. Lo mismo la gente de Narbón: lo sentía y lo presentía. Nada más.

El barco atracó delicadamente en el centro del pueblo. Los treinta nativos experimentaron miedo con la apariencia de la gente que los rodeaba. Y viceversa.

Desde la cubierta Oliver pegó un brinco. Tocó la tierra de Narbón como un explorador. A continuación dijo:

—Quiero saber si a la princesa le fascina el mar.

Las personas del pueblo murmuraron sorprendidos porque jamás consideraron tal secreto.

—¡Me fascina! —se escuchó gritar a la Nena desde atrás de la multitud.





Los padres de la Nena, gobernantes de Narbón, que para ese entonces era una casualidad de más de quinientas casas vecinas, no dijeron palabra cuando la princesa anunció que zarpaba con el barco. Se explicaban la atrevida decisión con eso de que su hija era una princesa.

Lo mismo pasó con las personas del pueblo. La llegada del barco les pareció la cosa más natural para una princesa. Sólo así podía resultar la vida de la Nena.

Casi todo su equipaje consistió en los cientos de dibujos de flores que le habían regalado. Quería plantarlos por ahí.

A la edad de quién sabe cuántos años, se le escuchó despedirse de la siguiente manera:

«Podrán dudar de cualquier cosa, pero jamás de que las flores me fascinan. Las que nacen y mueren en el campo son bellas. Las que nacen en el campo y mueren en un florero, también. Más bellas son las que se dibujan en los dibujos y las que se dejan arrancar por el viento. Pero, ¿cómo explicar que algunas flores flotan en el mar sin haberlo conocido jamás? Eso no es bello. Eso es extraño. No nacieron en el mar, pero ahí deben morir».

No pudo llorar tampoco cuando por siempre le dijo a su reino adiós.



Cuando el barco levó anclas en Narbón, Oliver percibió un aroma muy semejante a la libertad. No dijo nada.

Durante el camino hacia el mar, la Nena consiguió tres cosas que jamás imaginó conseguir.

La edad, el nombre y el llanto.

Las tres cosas las facilitó Oliver. Pero de cierta manera ocurrieron por sí solas, sin ninguna preparación.

Intentaban cruzar las sombras de la jungla oscura y de sus árboles estupendos, cuando Oliver y la Nena se miraron con una claridad inesperada.

—No conozco mi edad —dijo ella.

—No importa —dijo él.

—Me gustaría conocerla —dijo ella.

—Importa muchísimo —dijo él.

Después de pensarlo un instante, Oliver propuso lo siguiente:

—Algún día leí que las edades no tienen que ser números. Las edades pueden ser animales. Unos nacen en el año del conejo y otros en el del perro. Y no hay duda de que tú naciste gaviota. Ésa es tu edad.

Desde entonces y para la eternidad tuvo esa edad.



Intentaba la tripulación atravesar el desierto imposible de atravesar y sus dunas gruesas, cuando el cansancio y la noche exigieron un alto en el camino.

Los treinta nativos encendieron fogatas alrededor del barco y contaron historias de personas que después de morir volvían a nacer.

La Nena se fue a plantar algunos dibujos de flores en la arena.

Oliver permaneció a bordo del barco, leyendo un libro de piratas. Estaba acostado en una de esas cómodas invenciones que los nativos llamaban hamacas, balanceándose un poco. De repente, en un renglón encontró lo que llevaba buscando desde mucho tiempo atrás: el nombre de su barco.

Naturalmente, era el nombre de una mujer.

Fue tanta su sorpresa que se cayó de la hamaca. Volvió a leer el renglón para comprobar la belleza del nombre y volvió a sorprenderse. Era un hecho: lo había encontrado.

Oliver tomó un martillo y un cincel y grabó las seis letras en la parte posterior del barco.

Cuando la Nena regresó, se quedó mirando el nombre durante un largo rato, saboreándolo. Después dijo:

—Ése es mi nombre, sin duda. Siempre lo ha sido.

Desde entonces y para la eternidad se llamó así, igual que el barco.



Desde lo alto de una colina, vieron por fin el mar. La princesa, que no podía empalidecer más, ganó color: sus mejillas enrojecieron de emoción. Incluso su cabello se amarilló.

Los treinta nativos dieron el último impulso con tanta fuerza como habían dado el primero. Percibieron su paga.

Enseguida de que el barco entró en el agua, las velas recibieron un gran viento a su favor. Sólo entonces Oliver gritó desde el timón hacia el cielo:

—¡Libertad!

Siguió diciendo la palabra, cada vez en tono más bajo hasta que calló por completo. Mientras tanto, la princesa se estrenaba en eso de llorar. Lloraba y lloraba, pero lloraba y lloraba de felicidad.

El barco y la princesa se llamaron Celina.

Segunda parte





1

Supongo que tiene que ver con eso de jugar al distraído. Esa noche fingí dormir, no saber lo que pasaba, pero de diversión no tuvo nada. El asunto es que al ver que mamá lloraba, y sobre todo con los aretes de palomas en los oídos, lo comprendí todo.

Pero fue extraño. Lo comprendí todo y al mismo tiempo lo guardé en un rincón dentro de mi cabeza que no me atreví a recorrer sino hasta hoy, un año después. Me imagino que así les sucede a quienes pierden un brazo. Me refiero a que, ¡rayos!, ellos más que nadie saben que han perdido un brazo, no pueden no saberlo. Y sin embargo, seguramente, por algún tiempo no quieren mirar hacia ahí, hacia la ausencia. Deciden dejárselo al tiempo. Lo difícil es precisamente el miedo a no ver nada: la ausencia.

Bueno, pues así me pasó a mí con el tema de mamá y de Reinaldo. Sólo un año después, en este justo instante, he podido sacarlo del rincón.

Dejé a mamá llorando en su dormitorio, luego de abrir un poco la cortina y descubrirle los aretes de palomas. Fui a mi habitación y me puse a leer la historia del barco. Avancé despacio, muy despacio, tratando de aprenderme de memoria el texto. Cuando terminé, mis ojos se cerraron, cansados, y caí dormido. Dicen que para



distraer el hambre el sueño resulta efectivo; a mí me consta que para distraer la tristeza, también.

Hacia medianoche desperté. La quinta estaba en total silencio y penumbra, pero desperté como si hubiera estado en plena fiesta bajo el sol. Inevitablemente, quiero decir. No sé, de repente me asaltó el presentimiento de que ocurría algo. Me quedé con la mirada perdida en la oscuridad, adivinando los contornos del barco sobre mí. A los pocos minutos, escuché que alguien se acercaba. Cerré los ojos y me hice el dormido. Entró mamá. Su olor y sus pasos ligeros me revelaron enseguida que se trataba de ella, pero ya lo intuía y, claro, también que venía a despedirse. Se arrodilló junto a mi cama y comenzó a acariciarme el rostro. Lloraba ella sobre las sábanas. Lloraba yo bajo mis párpados. El sueño resulta efectivo para distraer la tristeza, incluso el sueño fingido. Dijo mi nombre una y otra vez, pero lo pronunciaba con tanta dulzura que si algún propósito tenía era prolongar mi sueño, no interrumpirlo. No dijo la palabra adiós y eso lo hizo más doloroso. Fue como mirar la ausencia de un brazo. El silencio de esa palabra sonó más fuerte que un grito. No sé. El hecho es que no dijo adiós pero todo sonó como adiós, y sonó muy fuerte a pesar de que solamente susurraba. Me besó la frente por última vez y se marchó.

No quise abrir los ojos en un largo rato. No quería que se me escaparan las lágrimas acumuladas. Y no los abrí ni cuando escuché el traqueteo de la carroza que partía.

Supongo que tiene que ver con eso de jugar al distraído porque esa noche fingí ser la persona más distraída del mundo a pesar



de que estaba más despierto que nunca. Además, durante este año que ha pasado, he estado muy despierto, y aun así he fingido estar dormido. Sólo hasta ahora recorro ese rincón de mi cabeza y me doy cuenta de muchas cosas.

Me doy cuenta, por ejemplo, de que la historia inconseguible del barco se ha vuelto una herramienta indispensable en mi vida.





2

Olé.

Olé, viejo.

Olé, viejo vendedor de barcos.

Olé, viejo vendedor de barcos, olé.

Uno puede aprender de quien no existe.

O aprender de quien sí existe.

A veces da igual.

Por ejemplo, yo aprendí de mi tutor. Era real. Tenía cuerpo, voz y, con frecuencia, sudaba. El tipo más real del mundo. Y sus clases eran reales: números, letras, mapas. La aburrición es la peor manera de saber que estás vivo, pero es efectiva. Odiaba con el alma eso de sentarme y escuchar y recordar información.

Pero aprendí.

Mucho.

También aprendí de Reinaldo. Tenía un trabajo, veinticinco años encima y unos ojos verdes de gato. Era un tipo tan real como mi tutor. Y sus enseñanzas eran reales: trepar árboles, bañar caballos, abrir botellas de vino. La diversión es la mejor manera de saber que estás vivo, pero es tan escurridiza como un jabón mojado. Amaba con el alma eso de mantenerme ocupado y hacer labores y sudar.

Aprendí.



Muchísimo.

A pesar de que los conocimientos de mi tutor y de Reinaldo eran totalmente distintos, se parecían en eso de ser reales. Me refiero a que hacer sumas y trepar árboles son actividades con el mismo nivel de realidad; las puedes repetir una y otra vez, y puedes equivocarte en una cuenta o caerte de una rama.

Reinaldo y mi tutor existen.

Los mapas y el pasto existen.

Pero también se puede aprender de personas que no existen.

Mucho.

Muchísimo.

Se puede aprender de historias que jamás sucedieron.

Se puede aprender de diálogos que jamás se entablaron.

Es como llorar por la muerte de alguien que no existió en verdad, que sólo existió en las páginas de un libro.

Es como saborear el pastel de una boda que no ocurrió en verdad, que sólo ocurrió en la mente de tu abuela.

Eso era la historia inconseguible.

El barco, el muchacho, la princesa.

La aventura.

Lo interesante es que también se puede aprender de historias que no han sucedido, pero podrían suceder.

Olé.



3

El traqueteo de la carroza desapareció entre la noche, llevándose también un pedazo de mi persona. Algo importantísimo, como mi brazo derecho. No abrí los ojos. Me concentré mucho en no hacerlo. Si parpadeaba, las lágrimas saldrían disparadas a presión, como cuando una presa se agrieta. En esos casos, como en el mío, es muy difícil frenar el agua, el llanto. Pero lo más grave no era aquello, sino el hecho de que al abrir los ojos la situación sería real. No sé. Mientras mantuviera los ojos cerrados nada malo habría pasado. Si tan sólo hubiera podido conservarlos en un eterno sueño, la huida de mamá jamás hubiera sido real.

Estaba seguro de que de alguna manera lo lograría. Hay gente que anda por la vida totalmente ciega. Unos lo hacen a propósito y otros nacen así.

Los que nacen así no tienen más opción que resignarse. Ningún milagro los puede curar. Lo que sí pueden hacer es convertirse en grandes personajes. Los ciegos tienen mucho potencial mágico; por ejemplo, las personas que pueden ver el futuro, con el costo, por supuesto, de no ver el presente. O los ciegos que recuerdan el pasado por medio de olores y texturas y sabores y sonidos: sus cuatro sentidos restantes se extienden y se refinan. De cierta manera, son mejores observadores que los que miran con los ojos.



Los que son ciegos por decisión propia son exactamente lo contrario. Bloquean todos sus sentidos para alejarse de lo que sucede en verdad. Nada más se quedan con lo poquito que se necesita para vivir. Comen comida sin sazón, escuchan ruidos y no ritmos, separan los olores en buenos y malos y las cosas en frías y calientes. Se pierden de todo.

El detalle es que si lo que pasa a tu alrededor sabe, huele, se siente, se ve y se escucha de manera terrible, no te dan ganas de vivirlo. Mejor ser ciego.

Bueno, estaba pensando en todo esto, convencido de que por lo pronto sería un ciego a propósito, cuando alguien se acercó a la casa a caballo y entró.

Era papá.

Golpeó paredes y maldijo a gritos, estremeciendo hasta el mueble más pesado de la casa.

Me levanté asustado de la cama. Al abrir los ojos me salieron todas las lágrimas que calculaba, pero para ese entonces ya no me importaba mucho. Lo cierto es que papá se escuchaba enfurecido y golpeaba todo a su paso y arrancaba los cuadros de las paredes y cosas como esas que hacen las personas que pierden los estribos; yo estaba asustado, como jamás en la vida, y aunque lo que me daba miedo era él, mi padre, el “CONDE”, quise acercarme y tranquilizarnos ambos o enloquecernos ambos, lo que fuera, pero juntos.



Desde el otro lado del pasillo, lo miré caminar hacia su dormitorio. Ni él ni yo sabíamos que ésos serían los últimos pasos que daría en su vida. Esa noche tuve que abrir los ojos porque papá decidió ser ciego.





4

Olé.

Olé, viejo.

Olé, viejo vendedor de barcos.

Olé, viejo vendedor de barcos, olé.

A veces ocurre que después de comer mucho te encuentras el más delicioso postre en la historia de la humanidad, o que te rompes el tobillo en pleno verano, o que te llega la riqueza cuando eres un anciano, o que te enamoras pero ya estás casado y tienes un hijo o yo qué sé.

Es decir, hay a veces una mala suerte con el tiempo.

Lo digo sin saber.

Lo sospecho.

Lo cierto es que he tenido suerte con el tiempo.

Tuve juguetes cuando había que tener juguetes.

Tuve drama cuando había que aprender a crecer.

Tuve miedo cuando había que superarse.

Pero la mejor de las suertes fue aquella de leer la historia inconseguible hace un año. Era el momento adecuado para hacerlo.

He leído mil cosas mejores, de eso no hay duda. He leído recetas de cocina con mayor nivel de realidad, de eso tampoco hay



duda. Y tampoco la hay en cuanto a planteamiento, nudo y desenlace, porque he leído mejores.

El asunto es que el viejo vendedor de barcos puso ahí mi nombre. Eso cambió por completo la lectura. Se lo inventó todo, pero mi nombre no. Pude observarme por primera vez con cierta lejanía, por así decirlo; me fue posible separarme de Oliver Montejo un segundo y verlo de frente. Casi podía tocarlo o invitarle una taza de café.

En eso me ayudó muchísimo la historia.

De vez en cuando es necesario separarte de ti mismo y observarte.

El de la historia era una versión mejorada de mí mismo, para ser honestos. Me gustó su valentía, sus diálogos breves y su terquedad.

Si uno no se atreve a cruzar tierras difíciles, estará condenado a vivir y morir en el mismo lugar.

Si uno habla demasiado y hace poco, estará condenado a lo contrario de la gloria. A la aburrición, probablemente.

Si uno no es terco con lo que quiere a pesar de cualquier obstáculo, estará condenado a no lograr ningún sueño.

Eso era Oliver, el de la historia.

Además, está lo del barco y la mujer.

Lo interesante era que Oliver, el de la historia, podría ser yo.

Olé.



5

Mamá fue todo excepto maternal. O revisaba la limpieza de la casa o jugaba a las cartas con sus amigas o confeccionaba algún vestido o falda o yo qué sé. Odiaba el sol. Eso la convertía en alguien bastante misteriosa para mí. Hablábamos poco, jugábamos poco, nos conocíamos poco.

Tenía algunas atenciones, claro. Los abrazos al dormir o los regalos esporádicos, por ejemplo. Pero supongo que eso es lo más normal en las madres.

Sin embargo, siempre supe que si a alguien me parecía en esta vida era a ella. Mi padre tenía otro tono de cabello e incluso otro humor. Él andaba con lo de los negocios siempre. Mamá, en cambio, gozaba de la música y de las pláticas de viajes. Alguna vez había leído un libro.

El problema era que de un día para otro cambiaba radicalmente su ánimo. O muy triste o muy alegre, o muy cariñosa o muy fría. Nada era con ella cuestión de neutralidad. Le encantaba un cuadro o lo odiaba.

Decía que hubiera sido una excelente actriz. Pero también decía que no le gustaba su perfil. Papá aseguraba que nada jamás la tendría satisfecha por completo.



Después de un año, algunas cosas me son borrosas. Probablemente debido a que yo quise olvidarlas. Entre esas cosas está el comportamiento de Reinaldo frente a ella. La verdad es que ni siquiera se dirigían la palabra y cuando lo hacían no se dirigían la mirada. Para mí, eran dos extraños.

Mamá no se llevó su ropa ni sus joyas ni nada. Sólo tomaron la carroza y dos caballos.

Me los imagino viviendo eternamente en la carroza, moviéndose de aquí para allá, dependiendo del clima que se le antoje a mamá. De eso estoy seguro: mamá fue, es y seguirá siendo la persona más caprichosa del mundo.

Quizá vivan en el mar.

Por supuesto que estuve enojado durante algún tiempo. Con Reinaldo y con mamá, quiero decir. A Reinaldo le guardé un rencor gigante por haberme tratado tan respetuosamente con eso de “SEÑOR OLIVER” en un principio y por haberme robado lo más precioso después. Pero ese rencor fue desapareciendo porque sospecho que Reinaldo sólo cumplió una orden, como de costumbre. A mamá le encantaba dar órdenes.

Es posible que por el resto de mis días le tenga un resentimiento a ella. Lo que me cuesta trabajo aceptar es aquello de que para mamá la persona más importante siempre fue ella misma. Sin embargo, entiendo la necesidad de escapar; es esa urgencia de gritar: «¡Libertad!». Si ella lo ha logrado, entonces la perdono.



6

Olé.

Olé, viejo.

Olé, viejo vendedor de barcos.

Olé, viejo vendedor de barcos, olé.

En la pintura ocurre con frecuencia que un elemento pequeñito sostiene un cuadro entero. Un rostro en medio de una multitud, por ejemplo, o un pájaro perdido en el paisaje, o un tono sutilísimo de un rayo de luz. Un detalle que, aunque pequeño, es elemental para el equilibrio de la obra. Posiblemente nadie más que el pintor lo comprende. Pero así funciona.

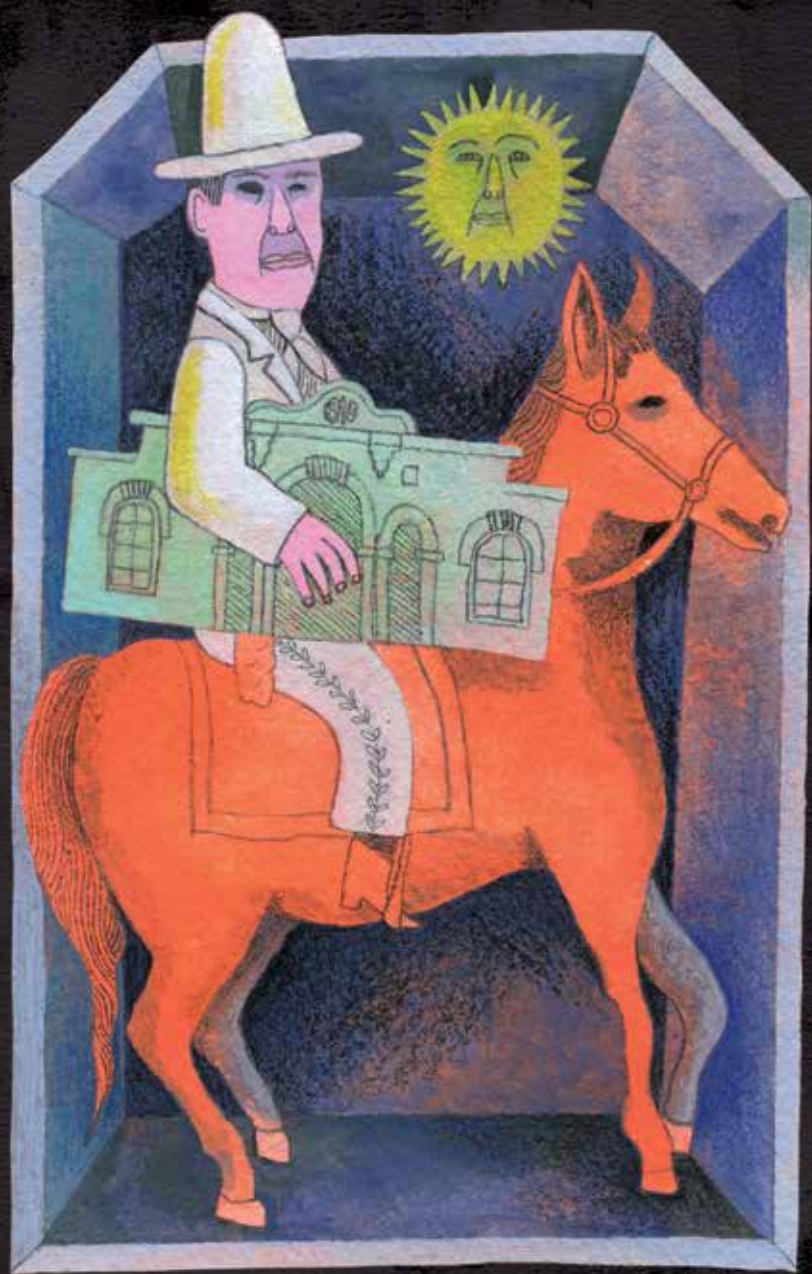
Además, es bello el hecho de que físicamente el cuadro se sostiene por un pequeñísimo detalle: un clavo.

Es curioso. Eso es todo.

Bueno, pues el cuadro de papá, es decir, el amplio panorama de su vida, era sostenido por un elemento indispensable: mamá. No sé cómo estuvo la situación, cómo se enteró de que mamá huía y todo eso. Jamás quiso hablar de ello. Lo que pasó fue que papá se vino abajo con la partida de mamá, y se metió en la cama a esperar que el tiempo se apiadara de él. No caminó nunca más.

Decidió ser ciego.

Decidió cerrar las cortinas de su dormitorio.





Decidió cerrar los sentidos del cuerpo.

Decidió cerrarle la plástica a su hijo.

Sólo se comunicaba por medio de oraciones cortísimas, vacías de cualquier emoción. Perdió el color de la piel y del cabello. Envejeció de un día para otro.

Dejó de mirar a los ojos, como los ciegos.

Tuve que ingeniármelas para cobrar las rentas del pueblo y para comprobar que todo más o menos marchara en los sembradíos. Pero la gente me miraba tan ajeno a esos negocios y tan pequeño que mi mayor esfuerzo era algo patético.

La gente me llamaba “SEÑOR”, y eso me avergonzaba muchísimo.

En la pintura usualmente se comienza por definir las cosas grandes que quieres pintar. El volcán, el rostro, el horizonte. Y así se continúa, de lo general a lo específico, hasta definir las piedras del volcán, los lunares del rostro, los límites del horizonte. Entonces se encuentra el detalle que lo sostiene todo.

Primero se dibujan los tucanes; después, el fuego.

Así comencé yo: por lo general. Asumí algunas responsabilidades. Antes que nada, cuidé de mí mismo, y más tarde me encargué de los demás, de la tripulación.

Le daba de comer a papá aunque él no quisiera. Le platicaba cosas de negocios, aunque él poco opinaba. Le prometía grandes felicidades, aunque él ya no soñaba.

Con el tiempo manejé los dineros de papá: cobraba rentas, pagaba sueldos, hacía cuentas. Sólo entonces agradecí las lecciones de



matemáticas de mi tutor, el anciano sudoroso. Me costaba horas de concentración y la verdad es que no lo hacía muy bien, pero por lo menos la quinta se mantenía a flote.

Me compré un baúl para los ahorros. El cofre del tesoro.

A la gente le dio por llamarme “CONDE”.

Papá había navegado por tierra hasta el castillo de la princesa, pero ella no sintió jamás que él era el indicado.

El cuadro de papá no tenía remedio.

Así funciona la vida a veces.

A veces no.

Lo interesante era que el capitán del barco podía ser yo.

Olé.



7

Porque papá me lo pidió, regalé la ropa de mamá y su costurero y sus zapatos y sus barajas y sus joyas. Se lo di todo a los trabajadores de la casa como despido. La verdad es que yo tampoco quería guardar nada. Todos mis juguetes también se fueron de la casa en ese arrebató de limpieza.

Era hora.

Era hora también de irme desprendiendo de responsabilidades que no deseaba; es decir, de peso que entorpecía mi barco. Me deshice de las rentas del pueblo aceptando, en su mayoría, malas ofertas de compra. Pero eso no importaba. El barco se iba haciendo cada vez más ligero. Decidí que así tendría que ser con todo. Era necesario tirar por la borda las balas de cañón y la pólvora; el mío no habría de ser un barco de guerra, sino un barco de viaje.

Un barco sin anclas.

Con el campo pasó lo mismo. Los sembradíos pasaron a ser de los campesinos. Supongo que eso estuvo bien; fue algo así como justicia social. Sin embargo, recibí algún dinero a cambio, y todo fue a parar al cofre del tesoro.

Cuando papá murió no nos quedaba más que la casa.

A él ya no le quedaba nada desde mucho antes.



Yo solía pasar horas y horas junto a su cama, haciendo cuentas como loco y diciendo números en voz alta para que supiera que el dinero seguía corriendo por el apellido. Le daba gusto eso.

A veces preguntaba por Murphy, su caballo, cuando dormía. Murphy, en la caballeriza, era un espejo de papá. Desde la noche en que mamá partió, no volvió a galopar. A veces Murphy relinchaba como preguntando por papá. Murieron el mismo día.

Yo estaba tratando de calcular un porcentaje cuando papá exhaló largamente, desinflándose hasta los huesos. Lo acaricié con ternura, por el rostro, por la nuca, por el pelo, y repetí su nombre como mamá repitió el mío la noche en que huyó; es decir, con tanta dulzura que sólo podía adormecerlo más.

No puedo olvidar sus ojos abiertos, sin brillo ni enfoque, como los ojos de un ciego. Un ciego por voluntad propia.

Me dirigí enseguida a mi cuarto y con una navaja corté los hilos que sostenían al barco en el aire. Lo llevé junto a mi padre y tallé en la popa el nombre.

El nombre.

Celina.

Después le dije, de hombre a hombre, a manera de despedida:

—Tú lo hubieras entendido.



8

Olé.

Olé, viejo.

Olé, viejo vendedor de barcos.

Olé, viejo vendedor de barcos, olé.

El cofre de ahorros lo enterré junto a papá y Murphy, en el jardín de la casa. Ahí perteneció siempre.

El único oro que me quedé fueron las monedas del cinturón de papá. Eran unas veinte. Esta vez no sentí que le robaba a nadie.

Era yo el capitán.

El cuarto de mamá lo dejé con las cortinas abiertas, por si algún día decidía volver. Me agradaba la idea de que el sol golpearía a diario la cama entera; quizá mamá, al otro lado del mundo, recibiría el beneficio de los rayos y no se sentiría triste. Quizá. Como todas sus pertenencias las había regalado, decidí dejarle mi barco. Lo colgué como Reinaldo lo hizo en mi cuarto, y quedó estupendo.

Pero yo sabía que mamá no volvería.

Mi equipaje era el más ligero que se ha empacado jamás. Lo juro. Algunas prendas, algunos libros, algún recuerdo. El cinturón de papá con las monedas. La carpeta de piel con la historia inconseguible.

Nada más.



Abrí la reja de la caballeriza y dejé libres a los caballos.

Salí caminando de la quinta.

Antes de emprender mi verdadero camino, fui al pueblo. Busqué el callejón de las antigüedades y librerías, y enseguida la tienda del viejo vendedor de barcos. Estaba repleta de candelabros oxidados y de espejos gigantes y de espadas sin filo y de objetos empolvados.

No había rastro de él.

Me marché riendo.

Yo podía ser el viejo vendedor de barcos.

Al salir de esa tienda inició mi aventura, hace un año.

He descubierto que hay flores que nacen y mueren en lugares distintos.

He descubierto que jugar al distraído se vuelve tedioso.

He descubierto que me gusta hablar sin mayúsculas y sin comillas.

Vivo bajo el cielo raso, frente al mar y solo.

Dibujo aún tucanes chamuscados.

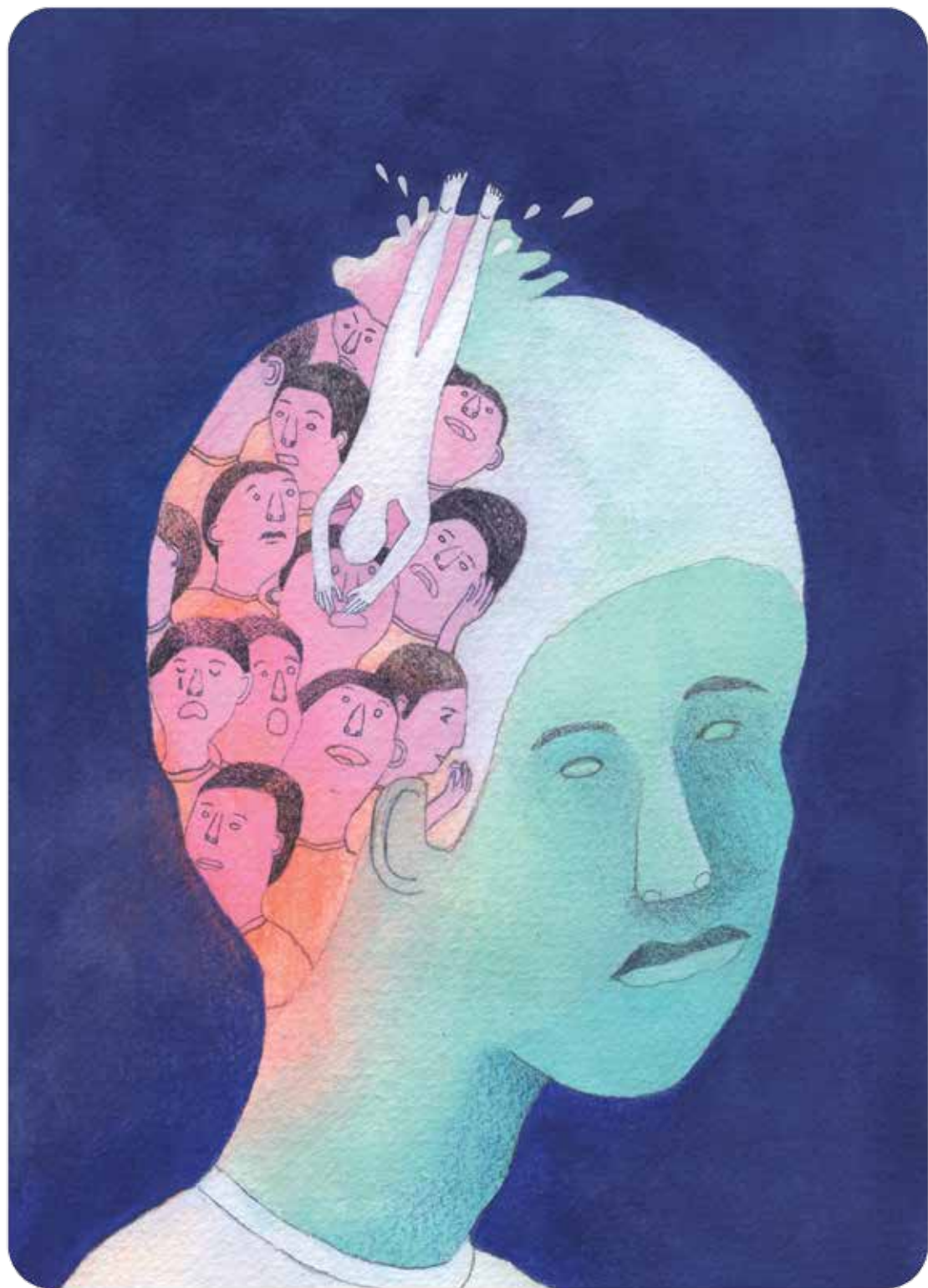
Cuento la historia de cómo me escapé de mi isla como si fuera un secreto.

El oro lo tengo guardado para el día en que parta detrás de una princesa.

Lo interesante es que yo puedo ser el escritor de mi propia historia porque mi vida es una historia inconseguible.

Olé.

El después





Llevo un año en San Agustín. Es un pueblo de pescadores y sólo tiene una calle, que corre paralela al mar. Me gusta vivir aquí. Los primeros seis meses alquilé una habitación en la casa de una anciana llamada Mavi, que se ganaba la vida lavando ropa con la ayuda de sus diez nietos. Fue una experiencia placentera. Yo llevaba varios meses caminando un camino sin destino, repleto de pueblos sin nombre y de noches de confusión y llanto, cuando llegué por casualidad a San Agustín. Era una tarde calurosa, con el cielo más rojo que había visto jamás. Me senté en la playa a descansar las piernas, que habían soportado bien la jornada completa de caminata terca. El frescor de la brisa me dio por unos minutos el alivio de no pensar en nada más que en lo bien que se estaba ahí: las aves que abrían las alas y se quedaban suspendidas en el aire, como congeladas; el ruido ensordecedor de las olas; el olor a una salinidad lejana y purificante, y el masaje de la arena húmeda que se colaba por entre los dedos de mis pies. Al final de la bahía, donde había un apelonamiento natural de rocas, comenzó a juntarse un grupo de pescadores. Alinearon varios botes junto al agua, plegaron redes y afilaron algunos cuchillos. El viento traía hasta mí sus gritos y silbidos, pero lo que más me llamó la atención fueron las risas, que no cesaron mientras prepararon los botes. Justo antes de que se



hicieran a la mar, aparecieron en la playa una docena de mujeres, que iban a despedirlos. El ambiente se hizo entonces un poco más silencioso, pero no debido a ninguna tristeza (en general los rostros eran sonrientes); simplemente vino el silencio, como sucede a menudo cuando hay que despedirse. Las mujeres esperaron de pie a que los pescadores se convirtieran en pequeños puntos perdidos en el horizonte rojo, rojísimo, que agonizaba. Luego se fueron a sus casas. A pesar de su sencillez y trivialidad, la escena tuvo un efecto profundo en mí. Por primera vez en mucho tiempo perdí el afán de seguir moviéndome, de escapar de lo que dejaba atrás paso a paso. Digamos que sentí que había alcanzado la distancia apropiada de mi pasado, de mis padres y de la quinta. Me levanté de esa playa con la intención de buscar un lugar donde dormir y comer, y caminé de principio a fin la calle del pueblo. Al cabo de hablar con un par de mujeres y ancianos (no quedan muchos hombres en tierra durante las noches de pesca), me quedó claro que mi única opción era la casa de Mavi. Llamé a su puerta y esperé un buen rato. Me causó mucha gracia un anuncio que había ahí en la entrada y que rezaba así: «Lavandería de Mavi y sus diez nietos desocupados». Cuando la anciana abrió la puerta, el cielo se había tornado gris.

—Buenas noches, señora. Mi nombre es Oliver y estoy buscando alojamiento.

Ella me miró de arriba abajo y dijo:

—¿Por cuánto tiempo, joven?

La pregunta me tomó por sorpresa, pero me asombró aún más la respuesta que por automático salió de mi boca:

—Por meses, señora.



La casa de Mavi había sido bella tiempo atrás. Tenía un patio central y alrededor se desplegaban las habitaciones. En alguna época, tras la muerte del marido de Mavi, todas las habitaciones estaban en renta; algunas las tomaban pescadores de temporada y otras, vacacionistas. Sin embargo, un día uno de los hijos de Mavi le dejó en encargo a su niño mientras partía en un viaje de suma importancia, del cual, claro, nunca volvió. En otra ocasión, una de sus hijas le pidió que le recibiera a sus pequeñas gemelas, puesto que se había conseguido un nuevo marido que no las aceptaría bajo ninguna circunstancia. Otra vez, Mavi no tuvo más alternativa que abrir sus puertas cuando tres de sus nietos se quedaron huérfanos por un trágico incendio. Y así, por capricho de la vida, la casa de Mavi se fue haciendo de un nieto y de otro, hasta que a sus hijos no les quedó ni uno más que dar y la casa se llenó. Fue entonces que Mavi tuvo que improvisar el negocio de lavandería en el segundo patio, al fondo de la propiedad. Sólo quedaron dos habitaciones para rentar: en una vivía un viejo mudo y la otra la tomé yo.

En los meses que llevaba deambulando de pueblo en pueblo, no me había terminado de gastar siquiera una de las monedas de oro del cinturón de papá, que para ese tiempo ya era mío. Descubrí que el oro, ese problemático metal, valía más de lo que pensaba. Y para mi tranquilidad, yo tenía dieciocho monedas más. Acordé con Mavi que me quedaría en su casa por seis meses y le pagué por adelantado el equivalente a media moneda, los servicios de lavandería y comida incluidos. Cuando me instalé, entendí que la casa no era bella en el sentido tradicional de la palabra, pero era innegable



que tenía cierto encanto. Me refiero a que nadie, a primera vista, se quedaba asombrado por la fachada ni por la forma de sus ventanas ni por su color; había que detenerse y realmente concentrarse para apreciar la intención de quien la había construido. Si lo hacías, te dabas cuenta de que cada escalón, cada puerta, cada columna, era resultado de un razonamiento paciente. La belleza de la casa ahora tenía más que ver con quienes la habitaban que con el estado de los muros y los pisos.

Los diez nietos de Mavi daban muchas impresiones, pero no la de estar desocupados. Se movían con la agitación de las hormigas y también con su armonía. Desde el primer minuto de luz y hasta el último, los diez muchachos se mantenían ocupados lavando la ropa y colgándola al sol, barriendo el patio central, acarreando agua y preparando la comida. Además de la operación de la casa, se juntaban una o dos veces al día para educarse los unos a los otros. Con el único apoyo de una decena de libros, estudiaban matemáticas, lenguaje, historia y hasta algo de medicina. Como si esto fuera poco, cada uno de ellos tenía un pasatiempo, aunque quizá debería decir pasión. Para dos muchachas, era la sastrería; para una de las gemelas, el ajedrez; para la otra, la pintura de acuarelas. Uno de los muchachos cantaba con gran talento; dos practicaban artes marciales asiáticas; el mayor de los varones compraba todo tipo de cosas en el mercado de los domingos sólo para venderlos al doble una semana después; otro muchacho cocinaba de maravilla, y el último se estaba metiendo al oficio de la pesca. Era sorprendente. Los diez nietos tenían la secreta determinación de salir adelante, de no quedarse



con los brazos cruzados, de destacar. Digo que era secreta porque sospecho que ni ellos mismos eran conscientes de ella. De verdad. Se movían con tanto ajetreo que nunca se podían tomar un minuto para pensar en qué rayos estaban haciendo. Sus días eran olas que se encimaban una tras otra, sin más anhelo que seguir, continuar, luchar. Mavi se limitaba a dirigir tal tormenta.

A mí me incomodaba mucho no tener nada que hacer y pasar buena parte del día caminando por la playa o leyendo en mi cuarto. Me tardé una semana en reconocer que si planeaba quedarme en San Agustín debía hallar una ocupación, como los diez nietos desocupados de Mavi.

Mi vecino de habitación, el viejo mudo, no tenía complicaciones con eso de no hacer nada. Se despertaba tarde, se sentaba al sol y fumaba su pipa por horas. Me gustaba platicar y pasar tiempo con él. Su presencia era tranquilizante. Le conté un poco de mi pasado y le expliqué sobre la falta de actividad que sentía. Que sólo me respondiera con la mirada, era fenomenal. Cuando yo hablaba él expulsaba grandes bocanadas de humo, y cuando era su turno de responder (aunque fuera con silencio), soltaba breves y constantes humaredas. Nunca supe su nombre, pues Mavi y sus nietos se referían a él sólo como el señor de la 2, habitación que ocupaba. Llegué a sospechar que su mudez era voluntaria. Creo que me gustaba estar con él porque algo en su misteriosa presencia me decía que había llegado a San Agustín huyendo, como yo.



De tanto hablar con él y, sobre todo, de escucharme hablar con él, me percaté de que, al especular de los oficios a los que me podría dedicar, siempre regresaba al asunto de construir, de armar, de inventar. A veces necesitas decir las cosas en voz alta para enterarte de ellas. Y entre más hablaba con el mudo más conocía de mí mismo. Creo que todos deberían experimentar algún día el privilegio de tener un amigo mudo, aunque sea uno que pretenda serlo. En cuanto advertí eso de que me gustaba construir, armar, inventar, me esforcé por agotar el tema durante las conversaciones con el señor de la 2. Al final, resolví que la ocupación que me haría de verdad feliz sería construir, armar e inventar casas, casas como en la que había crecido, casas como en la que ahora vivía, casas que les hicieran a otras personas sentirse aliviadas de llegar por fin ahí, luego de una noche de pesca, por ejemplo. Le di vueltas y vueltas en mi cabeza, y cada vez me convencía más de que había acertado con la actividad. Todo tomó una fuerza irreversible el día que le dije al viejo mudo lo siguiente: «Quiero construir casas. Quiero hacerlo para otras personas, quiero crear espacios bellos y reconfortantes para ellas. Sí, quiero eso. Pero antes de hacerlo para otros, lo haré para mí. Voy a construir casas y la primera será para mí». Así comenzó la misión.

De pronto mi destino me pareció lógico y evidente. Tenía que construirme un techo. Había abandonado el único hogar que había conocido jamás y llevaba meses sin tener a dónde ir. Las monedas de oro serían más que suficientes para el proyecto.



Hay cosas que tú no puedes elegir. Lo habitual es que llegues al mundo y crezcas en una casa que no elegiste. Lo mismo pasa con tu origen y tu idioma y tu familia e incluso con tu cuerpo. En mi caso, mis padres se quebraron el uno al otro y con ellos también se cayó de alguna manera nuestra casa. No es que se hubiera incendiado ni nada de eso, simplemente se volvió un lugar inhabitable, inhóspito, incómodo, cuando mis padres partieron. Mi primera reacción fue escapar y dejar todo atrás, pero jamás se me cruzó por la cabeza que en realidad lo que debía hacer tarde o temprano era encontrar un nuevo hogar. En mi circunstancia, eso de encontrar significaba más bien fundar, crear, levantar.

Juro que los días se volvieron más nítidos y especiales. Eso es lo que genera tener una misión, un propósito: la existencia cobra sentido. El único problema era que para construir una casa se necesitan conocimiento y habilidad, y yo no tenía ninguna de estas cualidades.

Había dos tipos de casas en el pueblo. Unas eran fuertes, grandes y antiguas, como la de Mavi, y, aunque el tiempo las hubiera deteriorado, les pertenecían a familias adineradas o que lo habían sido tiempo atrás; estaban construidas con piedra y era probable que durarían por siempre. Las otras casas eran más bien chozas, cabañas, cobertizos; por lo general, eran de madera y algunas tenían techo de palma y piso de tierra; me daban la impresión de que se irían volando durante la próxima tormenta. Ambos



tipos de casas tenían sus ventajas y desventajas. Las de piedra eran muy costosas y difíciles de construir, y además la sal del ambiente las carcomía con facilidad; también, hay que decirlo, eran un tanto aburridas y pesadas, como ruinas. Las de madera eran rápidas y simples de armar, pero eran frágiles, algo incómodas y nada esplendorosas; algunas eran divertidas porque en su interior había incluso árboles, el viento las atravesaba todo el día y se podían levantar justo frente al mar, sobre la arena. Realicé todas estas observaciones en una infinidad de caminatas lentas y de reflexión. Sin más herramientas que mi propio instinto, me dediqué semanas completas a mirar una por una las construcciones de San Agustín. Muchas veces hablaba con las personas que las habitaban y les preguntaba sobre su experiencia de vivir ahí y les pedía que me dijeran qué cosas del espacio les gustaría cambiar. Al final, resolví que yo inauguraría un tercer tipo de casas, el cual empataría lo mejor de los otros dos.

Creo que el mudo se emocionó cuando le conté mis planes, pues me dio esa mirada que dan los viejos cada tanto y que es la misma que le darían a un espejo que los hiciera verse más jóvenes. ¿Me explico? Es como si te vieran pero al mismo tiempo vieran lo que ellos fueron hace años, o lo que les hubiera gustado ser. No sé. Tendré que esperar unas décadas para ver ese otro lado de la vida. Sea como sea, el mudo sonrió buen rato y comenzó a golpearse una rodilla con la mano repetidamente. Si él encontraba adecuados mis planes, nada podía fallar. «Este mudito es mi amuleto de la suerte», pensé mientras le sonreía de vuelta.



Con el buen presagio, inició la intensa etapa de mi aprendizaje en materia de construcción. Entré como aprendiz con un maestro albañil que llamaremos Erre y con un carpintero que llamaremos Hache; con éste trabajaba por las tardes y con aquél por las mañanas. Yo, Oliver Montejo, estaba trabajando jornadas completas, metiendo las manos en el lodo, barriendo serrín, sin ganar un céntimo. Mis padres, estaba seguro, jamás lo hubieran imaginado, y eso me motivaba todavía más. Gozaba mucho no conocer a nadie en el pueblo y ser tratado igual que el resto. Fue trabajando como se me ocurrió que no sólo había de construir una casa desde ceros, sino también mi identidad. Yo era libre de decidir quién era Oliver Montejo en San Agustín, qué comida le gustaba, cómo hablaba, qué soñaba.

El señor Erre me enseñó a cimentar y a trabajar el adobe. En horas de trabajo, era un maestro duro y mandón, pero se volvía el tipo más amable durante el almuerzo. Lo de tomarse el oficio con toda la seriedad del mundo fue una lección tan útil para mí como la de distribución de columnas.

Con el señor Hache aprendí de las distintas maderas de la zona y sus utilidades. Su única religión, en sus propias palabras, eran las cosas bien hechas. Insistía en que hay que trabajar con toda la cabeza puesta en las manos. Su peor pesadilla era perder una mano y así su amada vocación.

Por dos meses no hice otra cosa más que trabajar de lunes a sábado. Descubrí que la ocupación excesiva es una eficiente manera de ignorar el corazón y la memoria. También entendí eso de que el trabajo dignifica; se puede decir que te hace sentir útil, que vas



hacia delante, que estás cumpliendo una misión. Los domingos los pasaba platicando con el viejo mudo y haciendo dibujos sencillos de cómo podría ser mi casa, de cómo podría ser mi vida.

Se comía bien en San Agustín. Sobra decir que los pescados y los mariscos no podían estar más frescos, pero el toque creativo del nieto cocinero de Mavi hacía de cada bocado un verdadero placer. El muchacho no le tenía miedo a mezclar todo tipo de sabores y sin falta salía victorioso. Hasta el mudo se quedaba sin palabras. Luego de dos meses de trabajo arduo, me convencí de que había que disfrutar cada una de las maravillas cotidianas, incluso aquellas del tamaño de un bocado. Como no había tenido un solo trabajo antes, las primeras semanas me empeñé muchísimo, tanto que no hacía otra cosa más que pensar en ladrillos de adobe y patas de mesa. El mudo me dio a entender a señas que hacía mucho tiempo que no me veía sonreír. Me dijo que si uno no se la pasaba bien, el trabajo no valía tanto la pena; bueno, eso fue lo que yo interpreté. Recuerdo bien que fue por ese entonces que pasé la primera noche en mi vida sin dormir un solo minuto. Al otro día me sentía fatal, como si tuviera arena en los ojos y los zapatos. Me propuse esforzarme en disfrutar ciertos detalles de mi rutina que el trabajo obsesivo me hacía ignorar. La creatividad culinaria del nieto de Mavi, por ejemplo. Comencé a fijarme en todo: el rumor del mar por las noches, la limpieza de mi habitación, la suerte de tener esas monedas de oro guardadas, el frescor de las mañanas, los perros que me seguían al



trabajo, los relatos del señor Erre, las ocurrencias del señor Hache, el trago de agua en la sombra, la ducha antes de la cena y otras cien pequeñas casualidades que ocurrían a diario en mi simple rutina, como la caída de un fruto que recién miraba o un dibujo que me dibujaba uno de los diez nietos desocupados. Lo del insomnio iba y venía, como la marea. Había noches buenas y malas. Pronto aprendí a prever cuándo los nervios me traicionarían, y antes de que el sol se escondiera salía a correr a la playa o nadaba en el mar. A veces estaba muy cansado por el trabajo, pero si no me ejercitaba pasaría esa noche revolcándome en la cama. Con el tiempo me acostumbré y sólo por mero gusto corría y nadaba, aunque no sintiera los nervios alborotados.

Gozando una de las pequeñas cosas, me llegó una de las cosas grandes de la vida: el amor. Era domingo. Había salido a caminar por la playa al atardecer, pero en realidad mi intención era sentarme y mirar de lejos a los pescadores, que partirían al ocaso a trabajar. Cada que podía, iba a distraerme con el modo alegre en que preparaban los botes y a contagiarme después de la nostalgia con que se despedían de ellos las mujeres. Cuando el horizonte se tragó los botes y la playa se quedó vacía, identifiqué el cuerpo de una persona, flotando en el agua boca abajo. Por momentos el cuerpo se hundía y enseguida volvía a aparecer en la superficie. Pronto quedé convencido de que la persona había muerto, pues no sacaba la cabeza para respirar y se movía al antojo de la marea. Me quedé mirando el cuerpo por curiosidad, y cuando advertí que las olas lo acercaban a la playa, me puse de pie y entré al agua, hasta que me



llegó a la altura de la cadera. A unos cuantos metros de mí, el cuerpo se hundió de repente y mi reacción inmediata fue ir por él. Debajo del agua pude ver que era una mujer joven. Apenas la toqué, se movió violentamente y salió a la superficie.

—¿Qué estás haciendo? —me dijo, espantada.

—He visto un cuerpo y pensé que era un ahogado —le dije, igual de espantado.

Nos miramos el uno al otro, aún sin terminar de entender lo que estaba pasando. Ella tenía el rostro rojizo y su pelo de algún modo lograba estar rizado, a pesar del agua. Se llevó una mano al corazón y otra a la frente, como para calmarse. Yo abrí las manos para demostrar que iba sin ninguna mala intención. Justo cuando comenzaba a pronunciar la palabra perdón, una ola nos cayó sobre la cabeza y nos revolcó. Unos segundos y varios tragos de agua después, me puse de pie, todavía aturdido por el golpe. Entonces escuché el sonido más bello del mundo: el desencadenamiento de una risa franca y espontánea.

—Vamos a la playa —me dijo, divertida.

—Vamos —le contesté.

Su nombre era Ama y se dedicaba a recolectar perlas. El día que la conocí no estaba trabajando, sino que intentaba mejorar su tiempo bajo el agua. Nos quedamos un par de horas sentados en la playa, platicando de cosas de toda naturaleza. Sentí una confianza instantánea con ella. Le podía contar los eventos más privados de mi vida



y ella no los repetiría ni los juzgaría. Cuando la noche se hizo sobre nuestras cabezas y el viento refrescó, la invité a cenar a casa de Mavi. «Es la comida más deliciosa que probarás en la vida», dije para convencerla.

Cuando llegamos a la casa, todos ya se habían marchado a sus habitaciones, por lo que tuve que arreglármelas para servir y calentar los alimentos. Fue una noche divertidísima e interesante. Sentados en una pequeña mesa de la cocina, Ama y yo no paramos de hablar ni un minuto. La mayoría de los momentos fueron de risa, pero también hubo varios de profunda confianza. Yo le conté sobre mis padres y la quinta y sobre los meses que había deambulado de pueblo en pueblo. Ella me contó que nunca había conocido a su padre y que su madre la había criado sola, hasta su muerte hacía un par de años. Ahora Ama vivía con una tía, que fue quien la inició en el buceo y recolección de perlas. Al final de la noche, afirmó que en efecto había sido la mejor comida de su vida. A mí me quedó claro que ese encuentro me había sacudido de una forma irreparable.

Las próximas semanas nos seguimos viendo cada tanto. Algunas tardes yo esperaba en la playa a que ella saliera del agua. Otras veces ella me llevaba una fruta a la obra del señor Erre o al taller del señor Hache. Como no había mucho que hacer en San Agustín, solíamos caminar la única calle una y otra vez hasta el hartazgo. A Ama le gustaba ir a una playa retirada en la que un grupo de personas meditaban juntas y se deslizaban con unas tablas de madera sobre las olas. Yo le presenté al mudo y ella, a su tía. Nos fuimos metiendo





poco a poco y sin descanso en la vida del otro. Por supuesto que yo era consciente de su belleza (en especial cuando salía del mar), y además tenía la sospecha de que su aparición estaba relacionada con mi reciente buen humor, pero no entendí que se trataba de amor sino hasta un día en que estaba sentado en el patio de la casa de Mavi, junto al mudo, y un mosquito se paró en mi cuello. Sentí un piquete agudo y me di una brusca palmada justo debajo de una oreja. Aunque no maté al insecto, tuve la clara necesidad de decir algo que me llegó como del cielo: «Estoy enamorado de Ama». La revelación me desconcertó un instante, pero el mudo, a mi lado, bostezó e hizo una mueca de que no escuchaba nada nuevo.

El día que cumplí tres meses viviendo en la casa de Mavi recordé que me quedaban tres meses más ahí. Aunque hubiera podido extender mi estancia, me encapriché con la idea de comenzar a construir la casa y dormir ahí, en la obra a medias. El primer paso definitivo lo tomé al ofrecerle a uno de los pescadores seis monedas de oro por un terreno frente al mar. Me gustaba esa parcela por su cercanía al agua, desde luego, pero también porque estaba repleto de palmeras y arbustos. Si algo tenía bien claro del proyecto era que la casa debía estar rodeada de verde. El pescador aceptó sólo después de ver las seis monedas brillantes delante de él. No terminaba de creer que ese muchacho, ayudante de carpintero y albañil, tuviera oro entre las manos. En ese momento mi hogar dejó de ser sólo una idea; adquirió ubicación y dimensión. Mantuve la compra



en silencio. Sólo se lo dije al mudo una tarde en voz muy baja y él asintió apenas porque entendió que aún no había nada que celebrar.

Un apuro interno se apoderó de mí. Me concentré en extraer todo el conocimiento de mis trabajos. Redoblé esfuerzos y meticulosidad. Tenía suficiente oro como para contratar al señor Erre y al señor Hache y a varios hombres más, pero tenía el sentimiento de que el resultado sería mejor si yo participaba directamente en la construcción de mi casa; quería merecer ese hogar, como merecen los pescadores el bocado que pescan. Y para poder participar en la construcción, había que terminar de aprender lo básico de ambos oficios.

También me esmeré en los dibujos de la casa que hacía por las noches en mi cuarto. La mejor manera en que lo puedo explicar es que visualizaba una casa sencilla, sin un solo muro ni decoración de más. El diseño tenía que ser limpio y exacto. Los cimientos y las principales columnas habían de ser de piedra, pues no quería que ninguna tormenta se llevara volando mi sueño, pero el resto debía ser de madera y de palma: si la casa era ligera, pensaba, la existencia en ella debía serlo también. Y así quería vivir en el futuro: ligero, sin ningún tipo de lastre emocional, recuerdos tortuosos o días pesados. Con este propósito, resolví que el viento debería fluir por entre los espacios de la casa; bajo ninguna circunstancia era deseable que el aire se condensara y trajera de vuelta momentos asfixiantes del pasado.

Con lo que no llevaba nada de prisa era con el asunto del amor. Me fascinaba pasar tiempo junto a Ama, más que nada en el mundo,



pero no podía deshacerme del presentimiento de que debía tomarme las cosas con calma. El haber perdido a mis padres de modo tan abrupto me había creado ciertas defensas para evitar cualquier tipo de daño. Porque eso es a lo que te expones cuando amas: a terminar herido. Mientras dura, el amor es lo contrario a las heridas, pero cuando vienen las lágrimas y las despedidas te quedas en la playa solo, mirando cómo tu alegría desaparece en el horizonte. En el fondo de mi ser sabía que Ama era eso que iluminaría mi vida por mucho tiempo, y que si ella lo deseaba sería mi nueva familia, pero no debía apresurar nada. Incluso me daba miedo decir en voz alta lo que sentía por ella. En silencio las cosas frágiles están a salvo.

A los cinco meses de vivir en casa de Mavi, arrancó oficialmente la construcción de la mía. Días antes había hablado con el señor Erre y el señor Hache y ambos habían aceptado, muy felices, trabajar a mi lado por mi sueño. A cada uno de ellos le di una moneda de oro. Después de que vieron mis dibujos y escucharon mis planes, ambos comenzaron a hablarme con un poco más de tacto. Sentí que de pronto había crecido un par de centímetros y ahora hablábamos los tres a la misma altura. Ambos me hicieron un par de observaciones, pero en general le dieron su visto bueno a mi diseño.

No quiero entrar en demasiados detalles de la construcción. Ese tipo de explicaciones no tienen más sentido que escribir sobre la comida del nieto cocinero de Mavi: esas cosas hay que vivirlas. Lo que sí puedo ofrecer es la puerta abierta de mi casa para todo



aquel que tenga interés en conocerla. También puedo enlistar palabras que repetía en mi cabeza durante el proceso de construcción: futuro, familia, inversión, miedo, estética, sencillez, vegetación, aire, destino.

Al mes me instalé en la obra a medias, tal como quería. Dormía sobre unas tablas de madera y entre las herramientas de trabajo. De Mavi me despedí muy agradecido; su trato siempre fue cortés y bondadoso. Me hizo prometerle que la visitaría de vez en cuando, pero yo le dije que no tenía de qué preocuparse: me vería todo el tiempo, puesto que le llevaría mi ropa para lavar, y además, le advertí, no pensaba cenar en su casa menos de un día a la semana. De los nietos desocupados me despedí uno por uno, y a todos traté de hacerlos comprender su tremendo talento. Apresurados por las mil y un cosas que tenían que hacer, no me prestaron demasiada atención. Me gustó dormir en la construcción, casi a cielo raso. Omitiendo los insectos, las noches eran mágicas: el ruido ensordecedor del mar, las estrellas brillantes y el aire puro.

Además del señor Erre y el señor Hache, tres hombres se sumaron a la jornada de trabajo. Reconozco que el equipo tenía buena armonía; todos cumplían su parte sin perder nada de tiempo. Después de que ellos se iban, yo me daba un chapuzón en el mar y enseguida retomaba cualquier labor que se hubiera quedado a medias. Era casi insoportable la emoción que me causaba ver que cada día mi sueño se consolidaba un poco más.

A Ama le conté el asunto como si fuera cualquier cosa. No quería que se diera cuenta de lo importante que era para mí.



Prefería actuar que era un proyecto menor porque me daba miedo que el resultado no fuera tan bueno como yo esperaba. Tampoco quise mostrarle el lugar de inmediato, a pesar de su insistencia. Esperé varias semanas, y sólo cuando la casa comenzó a tomar forma, la llevé. Quise que fuera una sorpresa. Le propuse tomar una caminata por la playa, como tantas veces lo habíamos hecho, y cuando nos estábamos acercando a la casa, traje a tema la construcción y el proceso. Ella me preguntaba detalles y escuchaba las respuestas con esa fabulosa sonrisa suya. De pronto se detuvo y se volvió hacia mí con algo de seriedad. «¿Cuándo me vas a llevar?», me dijo. Entonces la tomé de la mano y le dije: «Ahora». Como nos acercamos a la casa desde la orilla del mar, tuvimos que caminar un poco cuesta arriba; esto, creo, le dio un efecto dramático al momento.

—¿Ésta es la casa? No lo creo. Oliver, ¿ésta es tu casa? —me preguntaba una y otra vez. Yo me limité a señalar con una mano la construcción—. ¡No es cierto! Oliver, no es verdad. ¿Tú hiciste todo esto? ¿Por qué no me lo habías dicho? —Ama me dio un golpe en el pecho.

Dimos una, dos, tres vueltas alrededor de la casa, por el jardín. El asombro en su rostro fue la mejor recompensa después de tanto esfuerzo. Suena extraño, pero tenerla a ella a mi costado me hizo ver la casa de una manera distinta. Digamos que la presencia de Ama me dio una perspectiva nueva sobre el diseño; por un segundo no me creí que había sido yo quien había soñado todo eso.

—Es realmente bella, Oliver. Es como una casa árbol para adultos. Me ha encantado.



Luego le mostré el interior y varias ideas que tenía para los muebles y demás cosas, pero ella no dijo palabra. Frente a una ventana que miraba hacia el mar, me dio un beso lento y tendido, que me cogió despistado. Sus labios me supieron profundamente a sal. Cuando el beso terminó, me di cuenta de que ella lloraba. Pero de felicidad.

Esa noche, antes de dormir, tuve el claro pensamiento de que esa casa estaría siempre vacía para mí si Ama no se hallaba dentro.

Así llegamos al momento en que escribo estas palabras. Ayer por la tarde, el señor Erre, el señor Hache, los tres hombres y yo dimos por terminada la obra. Celebramos con un festín de mariscos y pescados. Le pedí al viejo mudo que viniera con nosotros, y así lo hizo. Se pasó toda la tarde riendo con la plática de los demás, pero a menudo lo sorprendía mirándome de ese modo en que a veces los viejos miran a los jóvenes. Era una mirada muy feliz, pero a la vez muy melancólica. En fin, me he propuesto invitarlo con cierta frecuencia a platicar. Por ahora, la casa está vacía y eso me encanta. Habrá un día, lejos de hoy, en que haya tantas cosas por todos lados, que sólo me va a quedar el consuelo de cómo lucía al inicio, espléndidamente vacía.

Llevo doce meses en San Agustín, lugar que ya puedo llamar hogar. Después de todos los gastos en este periodo, me quedan cinco monedas de oro, que iré gastando poco a poco en vestir la casa; quizá me compre un pequeño bote y aprenda a pescar. Me ha



sido muy halagador que tanto el señor Erre como el señor Hache me hayan invitado a continuar trabajando con ellos. Tal vez lo haga, aunque me gustaría involucrarme menos en el trabajo práctico y más en el diseño. La verdad es que no me preocupa mucho cómo me las voy a arreglar en el futuro. Sé que me irá bien. Con un techo así de sólido sobre la cabeza, el resto es sencillo.

Lo único que me hace falta en la vida es amarrar el asunto del amor. Hoy he despertado antes del amanecer y me he quedado mirando el mar pensando justo en esto. He decidido ver más tarde a Ama y mostrarle la casa terminada. Cuando se haga el silencio adecuado, le voy a preguntar si quiere venir a vivir conmigo. Le voy a decir que esta casa es también suya, pero lo voy a hacer en tono común, como si le estuviera diciendo que la luna está llena. Últimamente me gusta decir las cosas así, como si nada. El reto es hablar normal, aunque te estés muriendo de nervios o de enojo por dentro. Es una sensación particular. Espero que Ama acepte. No me queda ninguna duda de que quiero tenerla siempre a mi lado. Sería estupendo si ella respondiera con el mismo tono casual. Tiene su gracia, de verdad. En una despedida, por ejemplo, lo mejor es ahorrarse las palabras de tragedia y decir solamente adiós.



Índice

Primera parte	9
La historia inconseguible	43
Segunda parte	61
El después	85

Juan Rivera Arroyo nació en Pachuca, México, en 1992. Se graduó en literatura y creación literaria por el Centro de Cultura Casa Lamm. Hizo un posgrado en *storytelling* en la Scuola Holden de Turín y un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Sevilla. Es autor de las novelas *Albert Speer, un día* (Premio de Novela “Mario Vargas Llosa” 2020) y *La casa de la memoria rota* (Certamen Nacional de Literatura “Laura Méndez de Cuenca” 2020). Asimismo, ha publicado los libros de cuentos *El lecho del mar* (Premio Estatal “Ricardo Garibay” 2010) y *La ronda* (2013).



Rocío Solís Cuevas estudió la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y el diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo fue seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración en 2013. Ha diseñado e ilustrado publicaciones para la Secretaría de Educación Pública; la Secretaría de Educación y la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México; el Instituto Electoral del Estado de México; Amaquemecan, y Editorial Aguilar. Su trabajo puede ser consultado en <rociosolis.wordpress.com>.

La historia inconseguida

de Juan Rivera Arroyo, se terminó de imprimir en julio de 2022, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50200, Toluca, Estado de México. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica Gentium Book Basic, de J. Victor Gaultney, de la fundidora SIL International y FF Legato, de Evert Bloemsma, de la fundidora FontFont. Concepto editorial: Hugo Ortíz e Irma Bastida Herrera. Formación, portada y supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas y el autor. Editor responsable: Alejandro Pérez Sáez.

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO

COLECCIÓN LECTORES
NIÑOS Y JÓVENES
literatura juvenil



Oliver, el joven heredero de una próspera familia, obtiene una historia muy difícil de conseguir: una historia en la que él es el propio personaje. Esta singular lectura lo ayuda a superar la disolución de su familia y lo impulsa a buscar su propio camino. Apenas con unas cuantas pertenencias y sin compañía, Oliver emprende un viaje que lo lleva a convertirse en el escritor de su vida.

En *La historia inconseguible* conviven el dolor y la alegría, la soledad y el amor, la narración y la poesía. Hay un barco que cruza el desierto, una mujer que lleva aretes en forma de palomas, una chica que recolecta perlas en el mar y una abuela llamada Mavi que tiene diez nietos talentosos y desocupados.



 GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

CONSEJO
EDITORIAL
en la Administración Pública Estatal

EDOMÉX
DECISIONES FIRMES, RESULTADOS FUERTES.